BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

EL DICTADOR DEL ESPACIO

Marcus Sidereo

CIENCIA FICCION



BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

EL DICTADOR DEL ESPACIO

Marcus Sidereo

CIENCIA FICCION




eb
LA CONQUISTA
DEL ESPACIO

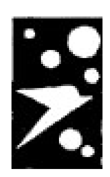
ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

1. — Galaxias enemigas - *Curtis Garland.*
2. — Las amazonas de Sirox - *Joseph Berna.*
3. — Fórmula para disolver planetas - *Glenn Parrish.*
4. — El regreso del Más Allá - *Keith Luger*.
1. — Aventureros en el Planetoide - *Ralph Barby*.

MARCUS SIDEREO

EL DICTADORDEL ESPACIO

Colección LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 402Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES —
CARACAS — MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 5.726 - 1978

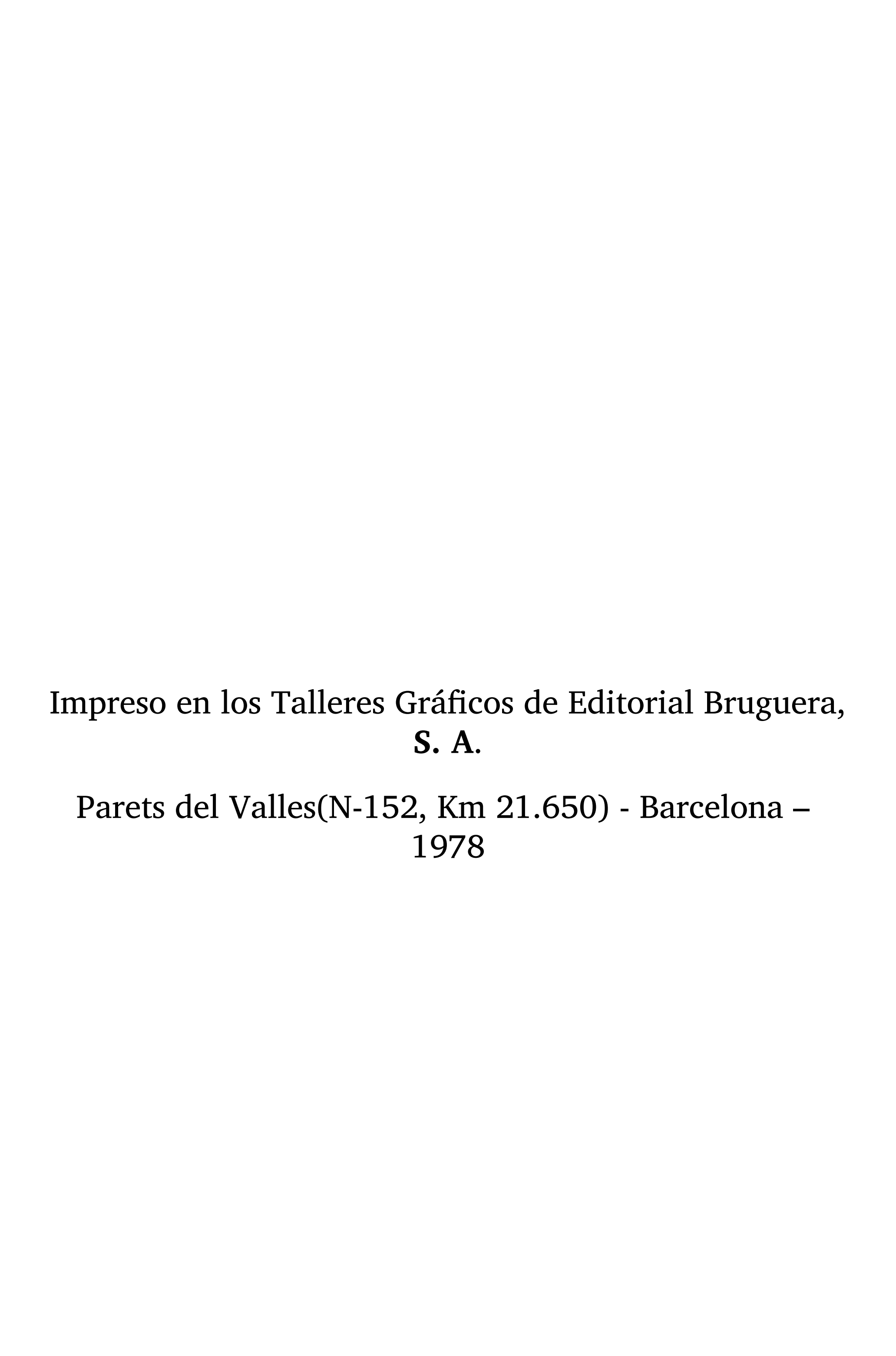
Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: abril, 1978

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.** Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.



Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, **S. A.**

Parets del Valles(N-152, Km 21.650) - Barcelona – 1978

CAPÍTULO PRIMERO

La gran explosión desintegró Arystel.

El viejo planeta se convirtió en una lluvia de materia que se esparció por la galaxia.

Millones de seres habían perecido a causa de la brutal agresión de los rebeldes de Kreckton que se habían propuesto dominar todos los habitáculos de la Galaxia.

—Quien no se someta, perecerá. —Ésa era la frase que Yakobs había popularizado en sus ultimátums a los distintos gobiernos de los planetas habitados.

El presidente Klaton se había negado a someterse a la tiranía de Yakobs, pero en previsión de represalias ordenó evacuar el planeta, para lo cual se propuso transportar a todos sus habitantes a un lugar seguro y secreto. Sé proponía para ello utilizar doscientas naves de gran capacidad *y* hacer los viajes necesarios hasta que Arystel quedara totalmente vacío.

El viejo presidente se había propuesto ser el último en abandonar el planeta, delegando el mando de la expedición en Borel, veterano estratega a quien confió la custodia de su joven hijo Say Klaton.

Borel y el presidente eran los únicos conocedores del nuevo destino y ambos acordaron que cada una de las naves realizara el traslado por rutas opuestas a fin de que si las fuerzas de Yakobs atacaran con todo su poderío no aniquilaran a toda la gente.

—Cada nave irá protegida por dos bólidos de ataque —había dispuesto el viejo Klaton—. Y tú, Borel, cuidarás de transmitir a cada jefe piloto del rumbo a seguir utilizando el sistema de ondas ultrasónicas. Pero no lo hagas hasta tanto no estés completamente seguro de que nuestros mensajes no puedan ser interceptados por Yakobs.

La primera remesa fue un completo éxito y las doscientas naves regresaron en busca de nuevos emigrantes.

Pero el poder de Yakobs era muy superior a lo imaginado por el viejo Klaton.

El planeta artificial de los rebeldes de Kreckton, poseía el más completo de los cerebros. Su perfección era tal que era imposible superarla.

Yakobs, personalmente, hecho una furia se encaró directamente con su obra maestra.

—Me anuncias que Klaton emigra su planeta. ¿Por qué no lo impediste, maldito montón de chatarra? ¡Quiero saber dónde se dirigen y cuándo va a tener lugar la próxima expedición!

Yakobs, alto, macizo, arrogante, levantó sus puños furioso y amenazante, frente al bloque monolítico que tenía ante sí, en la estancia repleta de pupitres, pantallas y tableros de órdenes.

El cerebro emitió su respuesta.

—Se dirigen a ignorado paradero —replicó una voz metálica, mientras algunas pantallas transmitían datos que automáticamente .eran procesados por una de las ramas del propio cerebro, cuya voz añadió—: Mi captador B ha averiguado que transmiten sus mensajes en pleno vuelo por medio de ondas ultrasónicas.

—¡Quiero que captes estas ondas! —ordenó Yakobs—. Tú tienes que conseguirlo.

—Ahora que conozco su sistema, sí puedo descifrar ultrasonidos en clave.

—Está bien. Quiero saber el nombre del habitáculo donde Klaton reagrupa a su pueblo. Es urgente. Prioridad absoluta.

El cerebro recordó:

—Arystel no es un planeta demasiado importante. Ni de los más ricos. Únicamente posee viejos sabios que en nada pueden perjudicarnos. Nuestra técnica es superior a todas las conocidas.

—Se trata de una cuestión de prestigio. Un fallo por nuestra parte en un planeta como Arystel repercutiría en toda la Galaxia. Los luchadores de Geminor y de Dhalmer se envalentonarían. Se. reirían de nosotros. ¿Comprendes?

—Somos invencibles. Geminor y Dhalmer nada pueden contra nuestra fuerza.

—Ya lo sé, pero insisto en mantener mi prestigio, Arystel debe ser sometido para ejemplo.

—Será sometido —prometió la voz metálica del cerebro.

Seguidamente Yakobs se reunió con su gabinete, compuesto por tres miembros representativos de las fuerzas relativas a ACCION, MANTENIMIENTO y DEFENSA.

—Caballeros —explicó—. En cuanto captemos las ondas ultrasónicas conoceremos el nombre del planeta que Klaton ha elegido para evacuar a los suyos. Que el departamento de acción esté dispuesto para salir de inmediato.

—El departamento de ACCION siempre está dispuesto —repuso su titular—. Es más, propongo esparcir nuestros bólidos de ataque para localizar y destruir las naves de Arystel.

—No hay que precipitarse —repuso Yakobs—. Destruyendo las naves jamás conoceríamos su punto de destino. Y esto es lo que nos interesa: el nombre del planeta. Klaton querrá reorganizarse y atacarnos, pero no lo podrá conseguir hasta que no tenga reunidos la totalidad de sus efectivos. Nunca podría reunirlos porque en cuanto sepamos dónde se esconden seremos nosotros quienes ataquemos hasta destruirlos totalmente.

Seguidamente dio órdenes concretas al titular de MANTENIMIENTO.

—Debes estar alerta a las instrucciones del cerebro. Tan pronto como se reciba la primera información el asunto pasará a manos de ACCION,

—A mí entender —adujo el titular de defensa— deberíamos comprobar nuestros puntos débiles para que llegado el momento nuestros dispositivos de defensa no tuvieran problemas.

—No tenemos puntos débiles —atajó Yakobs—. No se trata de defendernos. Kreckton ha creado la raza más poderosa. Nuestra misión es atacar. Destruiremos Arystel. Y lo haremos en el momento oportuno.

Ese momento oportuno no tardaría en llegar:

El hijo de Klaton, desde el nuevo planeta virgen, había perfeccionado un sistema ultrasónico que sin llegar a captar las

radiaciones del cerebro de los Kreckton, interceptaba las ondas. Ello le permitió trasmitir a su padre el siguiente mensaje:

«No transmitir entre naves. Cerebro Kreckton tiene posibilidad de interpretar mensajes. Única solución envío mensajeros teledirigidos programados en clave.»

Cuando en Arystel se recibió el mensaje de Klaton Junior se dio orden inmediata de utilizar los viejos mensajeros y programarlos.. .

El viejo Klaton admitió la posibilidad de que fueran destruidos por la gente de Kreckton.

—Preparen todos los mensajeros. Es posible que sean atacados y destruidos. Confiemos en que alguno de ellos consiga transmitir a todas las naves.

Los «mensajeros» eran objetos metálicos de forma esférica que con gran autonomía de vuelo podían desplazarse a grandes distancias a velocidad superior a la luz. Esa era una buena ventaja, no obstante sé temía al poder de los guerreros de Kreckton y por ello se pusieron a disposición del plan todos los artefactos posibles;

Fueron seis en total. De la serie MK. Los mejores.

Los esféricos mensajeros, disponían de un brazo superior que podía ser conectado a las computadoras de las naves, con cuya operación se les «vaciaba», el mensaje o bien captaba éste a través de cualquier pantalla.

Cada uno de los seis MK fue debidamente memorizado para transmitir a sus destinatarios el lugar de destino donde debían dirigirse las naves que transportaban a los habitantes de Arystel.

—Caso de ser capturados —informó uno de los jefes de equipamiento del satélite—, será imposible que puedan descifrar el mensaje. Es una clave única que los Kreckton tardarían siglos en descifrar.

—Buen trabajo —agradeció Klaton—. Pero temo que sirva de poco. Yakobs debe conocer ya nuestras intenciones á través de su poderoso cerebro. Si no consigue descifrar nuestros mensajes acabará con los mensajeros.

—La velocidad es una arma a nuestro favor. Los mensajeros son rápidos.

—Ojalá estés en lo cierto, pero no olvides que Yakobs es vengativo.

Klaton intuía la venganza y transmitió con su hijo para despedirse de él.

—Es posible que sea la última vez que hablemos, hijo mío. Tú serás el encargado de nuestro pueblo. O de lo que quede de él. Confía en Borel si es que logra sobrevivir.

—¿Están preparados los mensajeros? —preguntó Klaton Junior.

—Sí. En estos momentos salen despedidos al espacio. Si logran transmitir sus mensajes, quizá consigamos que una nueva remesa de gente consiga salvarse.

El pesimismo del viejo Klaton preocupó a Junior.

Cuando cortó la comunicación pidió que le prepararan una nave llevándose como ayudante al veterano profesor Krao.

—¿Qué te propones? —inquirió éste.

—Inspeccionar el espacio, y llegar hasta Arystel. Mi padre está demasiado pesimista.

* * *

Los esféricos mensajeros MK a la velocidad de la luz [1], se perdieron como insignificantes meteoritos que ningún ojo humanoide era capaz de ver.

Pero el Cerebro de Kreckton había captado las transmisiones y conocía los planes de Arystel, de todo lo cual informó a Yakobs.

El dictador de Kreckton escuchó encolerizado los resultados obtenidos por su cerebro y se dirigió al Jefe de Acción.

—¡Han intentado burlarnos! Ahora conocerán todos nuestro poder. ¡Arystel debe desaparecer! ¡Que preparen el rayo definitivo! Quiero ver en seguida cómo ese maldito planeta y todos sus habitantes revientan en un instante.

La nave portadora del Rayo Total, llamada Invencible Krecktonia se puso en marcha en breves momentos y Yakobs a través de la pantalla siguió su trayectoria.

A pesar de ser voluminosa y pesada, la Invencible Krecktonia podía duplicar la velocidad de la luz[2].

A la distancia adecuada, la Invencible Krecktonia quedó suspendida en el espacio. Alguien pulsó el botón del Rayo Total y en un instante el planeta Arystel se convirtió en una fina lluvia de polvo cósmico.

Aplacado en parte su odio, Yakobs ordenó la persecución y captura de los «Agentes» de Arystel.

—¡Con uno me basta! —ordenó a Acción.

—Van programados en clave. No lo olvides.

—¡Mi cerebro la descifrará! —espetó el dictador.

Y ordenó que seis bólidos rápidos salieran a la captura de los mensajeros.

CAPÍTULO II

Los seis mensajeros MK surcaban los espacios en busca de las

naves de Arystel que vagaban en espera de las instrucciones necesarias para dirigirse a su nuevo destino.

Esos mensajeros aparentemente invulnerables, a prueba de rayos, tenían su punto flaco en el ojo mágico que les servía de norte y guía. Si en ese ojo eran alcanzados por cualquier rayo paralizante quedaban automáticamente frenados y podían ser apresados con toda facilidad. Posteriormente un activador les devolvía la fuerza para poder transmitir el mensaje que llevaban memorizado en su interior. .

La misión de los bólidos de Kreckton era lograr la paralización de uno cualquiera de esos satélites.

Las últimas órdenes de Yakobs fueron precisas:

«Con uno es suficiente. En cuanto a los otros cinco destruidlos.»

Y ahí estaban los bólidos, menos rápidos, pero con un extraordinario poder de captación.

La persecución en plena galaxia había comenzado.

Y entretanto...

Paralelamente al acoso sin tregua de los bólidos de Kreckton contra los mensajeros, Klaton Junior, en unión del veterano Krao, había emprendido el vuelo.

—Intentaré comunicar con mi padre —dijo.

—Si captan el mensaje nos localizarán —apuntó Krao.

—Entonces veremos quién puede más. Yo nunca he temido a Yakobs, y alguien tendrá que destruirle.

—Ya se habló de ello, Junior. Cuando algunos planetas unidos trataron de hacerle frente los destruyó totalmente. Su poder es absoluto. Nuestra única posibilidad de supervivencia está en Cibelo. Este habitáculo virgen que hemos encontrado y que por sus especiales características no puede ser detectado por la gente de Kreckton.

—No podemos vivir siempre con el peligro eterno de ser descubiertos y sometidos. Cibelo es rico y Yakobs ambiciona todas las riquezas de la galaxia. Quiere ser el dueño absoluto de todo. La única forma de que haya paz es acabar con él.

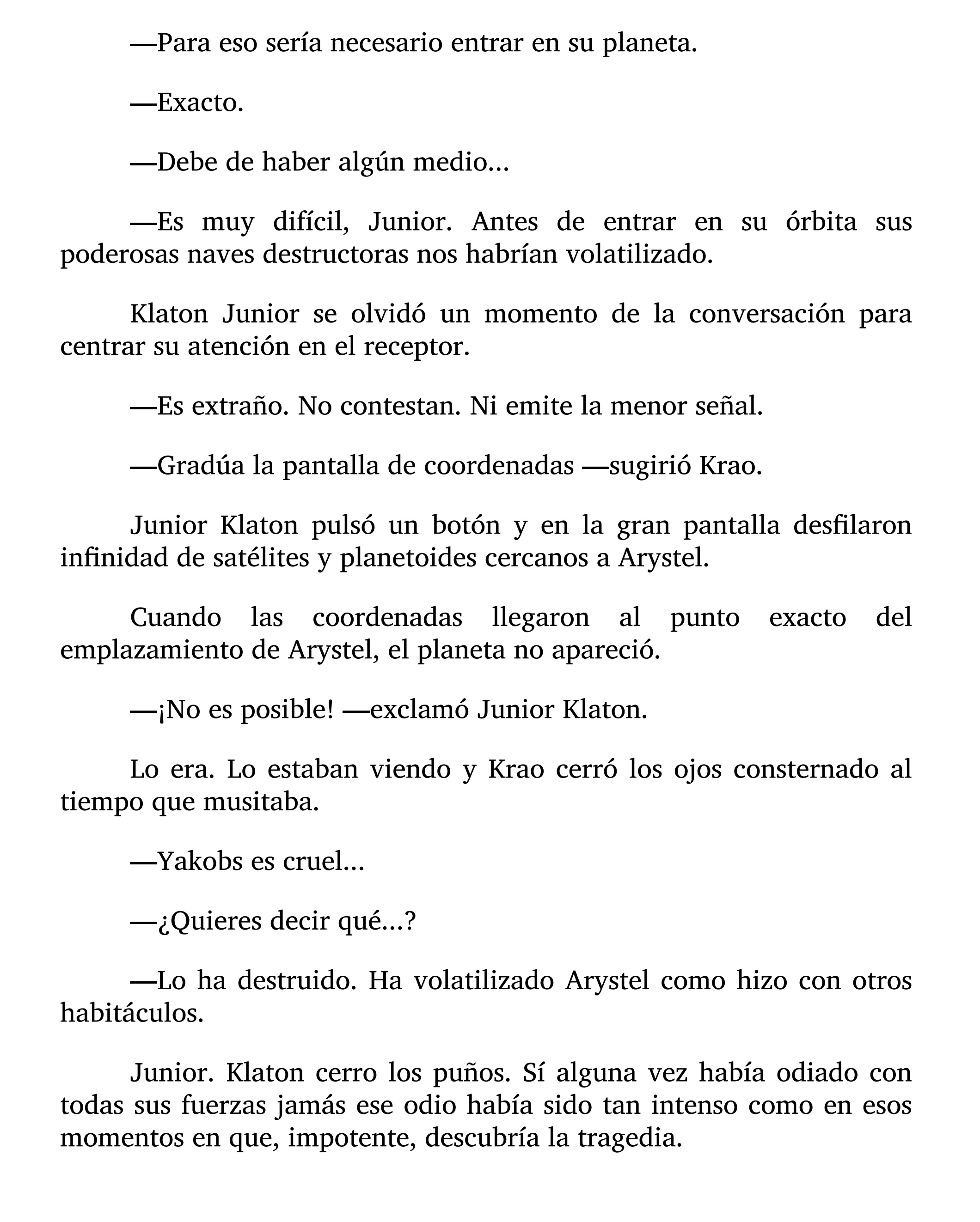
Fracasado su intento de comunicación volvió a insistir mientras

el profesor Krao murmuraba:

—Todo el poder de Yakobs radica en su poderoso cerebro.

—Eso ya lo sé.

—Más que. atacar a Yakobs, es su cerebro lo que tendría que ser destruido.



—Para eso sería necesario entrar en su planeta.

—Exacto.

—Debe de haber algún medio...

—Es muy difícil, Junior. Antes de entrar en su órbita sus poderosas naves destructoras nos habrían volatilizado.

Klaton Junior se olvidó un momento de la conversación para centrar su atención en el receptor.

—Es extraño. No contestan. Ni emite la menor señal.

—Gradúa la pantalla de coordenadas —sugirió Krao.

Junior Klaton pulsó un botón y en la gran pantalla desfilaron infinidad de satélites y planetoides cercanos a Arystel.

Cuando las coordenadas llegaron al punto exacto del emplazamiento de Arystel, el planeta no apareció.

—¡No es posible! —exclamó Junior Klaton.

Lo era. Lo estaban viendo y Krao cerró los ojos consternado al tiempo que musitaba.

—Yakobs es cruel...

—¿Quieres decir qué...?

—Lo ha destruido. Ha volatilizado Arystel como hizo con otros habitáculos.

Junior. Klaton cerro los puños. Sí alguna vez había odiado con todas sus fuerzas jamás ese odio había sido tan intenso como en esos momentos en que, impotente, descubría la tragedia.

—¡Lo aplastaré! —gritó, mientras imprimía una mayor velocidad a su nave,

Fue entonces cuando Krao le advirtió del zumbido del detector:

—¡Cuidado! Se aproxima una nave con señal distinta a nuestro código. Puede ser de Kreckton.

—Ojalá, sea así, —Y al decirlo Junior puso en posición de ataque los expulsores de rayos.

A una distancia aún no visible, la nave de Kreckton destinada a capturar a uno de los mensajeros se movía en el mismo círculo, que la de Junior Klaton.

También los dos guerreros de Kreckton en el interior de su bólido habían detectado a la nave enemiga y se preparaban para el ataque.

Los dos bólidos iban uno frente al otro a una velocidad indescriptible. Ambos se hallaban prestos a arrojar sus diferentes armas.

—¡Allí están! —advirtió Krao.

—Ocúpate de los tubos de cola—repuso Junior Klaton—. Yo les atacaré de frente.

—Es peligroso. Trata de esquivarles.

Pero Junior Klaton era de los que daban siempre la cara. Y en aquellos instantes estaba demasiado ofuscado para andarse con astucias.

Apenas estuvieron en línea de tiro, los de Kreckton comenzaron a disparar.

Junior movió la nave hacia abajo, pero sin apartarse de su ruta. Rápidamente volvió a ponerla en línea y disparó sus tubos.

El bólido de Kreckton hizo un sesgo en su vuelo para esquivar los rayos mortíferos de Junior que esta vez falló.

—Ahora intentarán atacarnos por la espalda —advirtió el profesor.

—Pon atención y no te dejes sorprender. Cuando les veas

dispara. Yo viraré en redondo.

—De acuerdo.

Efectivamente. Tal como había supuesto Junior Klaton, el bólido de Kreckton pasó justó por debajo de la nave para ponerse a la cola y atacar.

Apenas había cruzado, Krao apretó los impulsores y una lluvia de rayos persiguió al bólido enemigo que al verse atacado trató de cambiar de rumbo disparando al azar.

Junior Klaton había virado a gran velocidad y atacaba de flanco.

Cuando los rivales trataron de maniobrar los rayos habían alcanzado el fuselaje de su bólido y éste estalló hasta convertirse en polvo candente.

—¡Lo conseguimos! Uno menos—exclamó Junior con la alegría de quien acaba de ganar personalmente una pequeña batalla al más poderoso.

Apenas había terminado el combate cuando el detector emitió nuevas señales, pero Krao advirtió en seguida:

—Uno de los nuestros. Tal vez se trate de una nave. Pero no te pongas en contacto con ella, podrían captar nuestra frecuencia y en seguida tendríamos a todo un ejército persiguiéndonos.

El detector indicó sobre las coordenadas el punto donde se encontraba la nave y en seguida Junior Klaton corrió el rumbo,

El encuentro no se hizo esperar. Los de la nave de Arystel también habían percibido la señal.

La auténtica fortaleza espacial con capacidad para dos mil seres era —como todas— de la serie Omega. La más moderna y poderosa de las naves, la más resistente y mejor protegida. Era Borel quien estaba al mando de ella y que quien al advertir su presencia dijo al piloto:

—Se trata de una nave de reconocimiento. También nos ha visto. Es posible que quiera ponerse en contacto con nosotros. Abre el hangar de cola.

En la proximidad, Krao advirtió la maniobra de la Omega II y anunció:

—Han abierto el hangar.

—Vamos a entrar.

—Es la Omega II. Ello quiere decir que Borel está al mando.

—Mucho mejor. Hemos tenido suerte.

Poco después, la nave de reconocimiento pilotada por Junior se posaba en el interior. Rápidamente las compuertas del hangar se cerraron.

* * *

Los cinco bólidos atacantes de Kreckton seguían su caza de mensajeros. Uno de ellos había conseguido dar con uno que detectó en la distancia.

El piloto de la nave ordenó que lanzaran una lluvia de rayos paralizantes a discreción a fin de envolver al mensajero a su paso.

El mensajero que seguía a la velocidad de la luz marcaba su rumbo con un sonido intermitente: bip, bip, bip.

El copiloto impulsó los rayos paralizantes, envolviendo. la trayectoria del mensajero que no obstante salió indemne de la primera acometida.

—¡Maldición! Se nos ha escapado —exclamó el piloto.

Seguirle era totalmente imposible. Sólo cabía la posibilidad de alertar a otro de los bólidos y así lo hicieron,

Un segundo bólido de Kreckton captó el mensaje y repuso:

—Estamos en la misma trayectoria.

—Debéis tener mucho cuidado. Esos mensajeros corren tanto que ni siquiera se les ve.

El mensajero, dotado de inteligencia humanoide, se sabía perseguido y cambió el rumbo, pero aquella decisión para la que igualmente había sido programado resultó fatal, porque no logró

advertir la presencia de otros dos nuevos bólidos de Kreckton que le cerraban el paso.

Cuando quiso rectificar ya era demasiado tarde, porque al cambiar la trayectoria se vio envuelto en una auténtica nube de rayos. Uno de los cuales alcanzó su ojo mágico.

—¡Hurra! —exclamó el piloto que había conseguido la hazaña.

Insensible, el mensajero fue atraído mansamente hacia el bólido donde quedó adherido a la cola merced al dispositivo magnético de que disponían los bólidos caza- objetos.

Inmediatamente fue trasmitida a la base la captura del mensajero.

La respuesta del cerebro fue inmediata y tajante.

—¡Destruyan a los otros!

* * *

En la sala de mandos de la fortaleza Omega II, Borel era informado por el propio Junior de la muerte de su padre, jefe absoluto del desaparecido Arystel.

Consternado el lugarteniente de Klaton saludó majestuosamente a Junior.

—Ahora tú serás nuestro jefe.

—Y Krao y tú mis consejeros.

Se hizo un silencio que interrumpió la inesperada llegada de Ilma.

Era una muchacha joven y hermosa, que poseía un gran carácter unido a una considerable inteligencia.

Todos la conocían. Era la hija de Borel, que en la nave actuaba como encargada de transmisiones.

—Hola, Ilma —saludó Junior.

—Me he enterado de la noticia. Los micrófonos estaban conectados con la carlinga. Lo siento, Junior, y lo siento por los millones de seres que han perecido.

—Yakobs pagará esto. Destruiré su maldito cerebro y ya no podrá volver a causar daño a nadie.

—Me siento pesimista —repuso ella—, pero si hay que hacer algo estoy contigo.

—Tardaremos años en organizamos —murmuró Borel—. Aunque consigamos llegar, somos muy pocos en comparación con el ejército de Yakobs.

—Quizá sea tarea de pocos. ¿No opina lo mismo, profesor? —Y se dirigió a Krao.

—Tal vez, Junior. Cuando discurres en calma sueles dar en la diana. Tienes la inteligencia de tu padre y el valor propio de tus años. Si lo que te propones es entrar en Kreckton con un puñado de gente tendremos que estudiar el sistema para que puedas conseguirlo y elegir a los hombres más adecuados.

—¡Contad conmigo! —exclamó la muchacha.

Intervino Borel para decir dirigiéndose a Ilma:

—Tú eres muy valiosa actuando en las transmisiones.

—En Arystel han muerto casi todas mis amigas y nuestra familia. No, padre. Tenemos que acabar con ese monstruo, y si me permitís os daré la noticia que acabo de captar. No es muy agradable, pero es un motivo más para unirme a quienes vayan a destruir al tirano.

—¿Qué noticia es ésta? —inquirió Junior.

—Acaban de capturar a uno de los mensajeros. Yakobs ha dado orden de destruir a los demás.

Borel, consternado, murmuró:

—Si lo consigue, el resto de las naves no encontrará jamás él lugar de su destino.

—Yo me ocuparé de ello. Buscaré personalmente todas las, naves.

—Es una larga tarea. Estamos desconectados por completo del resto de la flota. Fue una medida precautoria para que en Kreckton no captaran nuestras posiciones.

—Los encontraré de todos modos —se propuso Junior.

Y entretanto…

CAPÍTULO III

Cumpliendo estrictamente las órdenes del cerebro de Kreckton, uno dé los mensajeros había sido rodeado por tres de los bólidos destructores encargados de su búsqueda.

El mensajero, como si de un cerebro viviente se tratara, intentó escapar a la lluvia de rayos que iban en su busca. Pero el fuego de sus enemigos le envolvió por completo y su cuerpo esférico acusó los impactos.

Esta vez su ojo mágico no fue paralizado sino totalmente destruido y el mensajero se hizo añicos hasta convertirse en finísimo polvo que cayó en el pozo sin fin de la galaxia.

Tras dar cumplida información, los bólidos fueron a la búsqueda de otro de los cuatro mensajeros supervivientes.

Detectado uno de ellos, una vez más, tres bólidos en semicírculo intentaron y consiguieron interrumpir su carrera.

El tercero de los mensajeros cambió su trayectoria tratando de alejarse, pero los otros dos bólidos cercanos le cortaron el camino atacándole con sus poderosos rayos.

El mensajero descendió; velozmente intentando, liberarse de su destrucción.

Un rayo le alcanzó cuando estaba a punto de salir del radio de acción del fuego de sus enemigos.

El tercer mensajero cayó volatilizado, perdiendo con ello las naves de Arystel su tercera oportunidad.

Todavía quedaban otros tres, pero ya los cinco bólidos supervivientes iban en pos de ellos.

* * *

En Kreckton, llegó el bólido portador del mensajero capturado, el cual fue inmediatamente conectado a una de las computadoras regidas por el cerebro.

Los signos que aparecieron en la pantalla sólo podían descifrarlos el cerebro, de quien Yakobs, con una sonrisa maligna en el rostro, esperaba su respuesta.

La voz del cerebro fue contundente:

—Clave desconocida. No he sido programado para claves posteriores a mi construcción.

—¡Maldita sea! —Yakobs se mostró colérico y dio una patada en el suelo—. ¡Inténtalo! Tú puedes conseguir dar con el sistema de la clave.

—Sí, puedo —replicó el cerebro—. Pero esto puede costarme mucho tiempo.

—¡Lo necesito en seguida!

—Haré lo que pueda. Pero insisto en que no estoy programado para ello.

Yakobs pasó a dar órdenes al departamento de ACCION:

—Mientras el cerebro intenta descifrar él mensaje estamos perdiendo un tiempo precioso: Quiero que toda una flota de bólidos salga en busca de las naves de Arystel y que las destruya.

El jefe de ACCION se atrevió a sugerir:

—Sería mejor poder conservar una al menos. La de Borel. El debe saber el destino que lleva. — Podemos obligarle a hablar.

—No es mala idea. ¡Acción inmediata!

* * *

En aquellos instantes el cuarto mensajero estaba siendo destruido por una lluvia de rayos. Los planes de Yakobs iban saliendo a la perfección.

Ya tan sólo quedaban, los dos últimos mensajeros, y los pilotos de Kreckton, espoleados por sus anteriores victorias, estaban convencidos de que no tardarían en completar su trabajo.

Pero en la Omega II, Ilma había detectado un objetó con idéntica señal a los pertenecientes a Arystel.

—¡Un mensajero! —exclamó al observarlo a través de la pantalla de coordenadas.

El mensajero, ante la proximidad de Omega II, aminoró la marcha para ser recibido a bordo de la nave.

—Preparados para abrir las compuertas del hangar —dijo uñó de los ayudantes de la carlinga.

Junior Klaton permanecía atento junto a Borel, mirando él espacio a través de la bóveda transparente en una de las laterales, cuando de pronto advirtió la presencia de los bólidos de ataque de Kreckton.

—¡Cuidado! —exclamó.

Borel personalmente corrió para dar instrucciones:

—No abran las compuertas. Preparen los dispositivos de ataque.

La última orden iba dirigida a las defensas de los flancos de la fortaleza para que estuvieran preparados para atacar.

Los bólidos de Kreckton, sin duda no esperaban la presencia del Omega, puesto que su misión era únicamente la de perseguir al mensajero, pero al advertir a la fortaleza enemiga entraron en comunicación con la base de Kreckton.

—¡Estamos a la vista del Omega II! —informó uno de los pilotos.

—Indique situación en coordenadas —fue la respuesta— Mandamos efectivos. Destruyan al mensajero y a la nave. Mandamos efectivos de refuerzo.

—Mensaje captado —replicó el piloto.

El mensajero, al sentirse descubierto, evolucionó, pero ya los bólidos enemigos lanzaban los rayos destructivos en pos de él.

—¡Están atacando al mensajero! —exclamó Ilma.

Junior Klaton personalmente dio la orden de aproximación.

—Estos no van a regresar a su base.

Borel comprendió que Junior trataba de atacarlos y se dispuso a tomar el mando de la operación.

—No, Borel. Me Ocuparé yo personalmente. Usted cuide de los flancos, yo dirigiré el ataque. Dé la señal de alarma a toda la fortaleza.

Borel dudó, unos instantes, pero al fin salió de la carlinga dispuesto a obedecer.

Ilma estaba entusiasmada.

—Será mi primera participación en un ataque. Y a fe que tengo ganas de ver a esos asesinos cómo se desintegran.

—Seguro que lo verás. —Y Junior añadió dirigiéndose al piloto —: A toda velocidad. ¡A ellos!

El piloto no se hizo repetir la orden. La seguridad del joven Klaton parecía ser de antemano una garantía de victoria,

Pero entretanto los bólidos, cuatro en total, descendían raudamente en seguimiento del mensajero. El piloto corrigió el rumbo y se lanzó en pos de ellos.

Cuando los hombres de Kreckton advirtieron aquella persecución, dejaron al mensajero para prestarse al ataque.

—Primero la nave. Antes de que nos destruyan —dijo la voz del piloto que llevaba el mando de la expedición.

Los bólidos fueron los primeros en atacar la acerada panza de la fortaleza, pero el piloto, muy hábilmente, había esquivado la trayectoria de los rayos con un hábil desplazamiento.

—¡Explora la nave, rápido! —ordenó Junior. Y a través del emisor previno a los del ala de babor para que soltaran los rayos.

—¡A discreción! —ordenó—. ¡Ahora los tenéis a tiro!

Los servidores de babor cumplieron rápidamente la orden y el espacio se cubrió de una lluvia de veloces rayos letales.

Uno de los bólidos atacantes fue fulminado instantáneamente, mientras los otros tres evolucionaban para situarse en la cola.

El joven Klaton había previsto la maniobra y un segundo antes había ordenado la corrección necesaria para situarse cara a sus atacantes,

—¡Cuidado! —gritó Ilma al ver la proximidad de dos de los bólidos.

Pero Junior Klaton accionaba ya la palanca de los tubos impulsores y una lluvia de rayos perseguía simultáneamente a los dos bólidos.

El que llevaba la delantera pudo esquivar con un hábil quiebro, pero el segundo fue alcanzado de lleno y estalló en el espacio convirtiéndose primero en una bola de fuego para difuminarse en la inmensidad.

Por el flanco de estribor venía atacando el cuarto de los bólidos enemigos. .

Ilma lo señaló en la pantalla de radar y Junior Klaton ordenó una rápida maniobra para evitar que los impactos hicieran mella en el

fuselaje, a la vez que ordenaba que todos los dispositivos de aquella parte entraran en acción.

Veintiocho tubos entraban en acción a la vez, y ante aquella lluvia mortal, el bólido cayó entre llamas.

Ya sólo quedaba uno que se había propuesto ganar tiempo en espera de que llegaran los refuerzos.

Fue entonces cuando a Junior se le ocurrió la idea:

—Me gustaría, capturar vivos a los dos hombres que van en el bólido. Podrían sernos de gran utilidad, Utilizaremos el gas absorbente.

El bólido describía círculos en torno a la nave pasando de arriba abajo en una constante filigrana.

—¡No disparen! —ordenó Junior y a continuación hizo que se abrieran las compuertas de la parte posterior de la fortaleza. Y añadió —: El mensajero servirá de señuelo.

Seguidamente envió un mensaje:

—Omega II a mensajero. Emite señal de identificación.

El mensajero soltó unos zumbidos y en la pantalla salió el nombre de MK 5.

Junior Klaton replicó:

—De acuerdo MK 5. Has realizado un buen trabajo librándote de tus perseguidores. Ahora ten cuidado. Vas a entrar en nuestra fortaleza Omega II. Tu perseguidor tratará de destruirte. Esquívalo como puedas.

MK 5 emitió un gruñido en señal de asentimiento, mientras la fortaleza disminuía su marcha.

Entretanto, el piloto de Kreckton, el último superviviente junto con su compañero había sido advertido de la inminente llegada de los refuerzos y trató de ganar más tiempo, pero viendo que el mensajero se aproximaba a la nave, pidió nuevas instrucciones. La respuesta que obtuvo fue tajante.

—Destruyan al mensajero, cueste lo que cueste.

Para Yakobs «cueste lo que cueste» significaba que sus hombres debían morir en su empeño si era necesario. Un fracaso significaría su destrucción.

Aunque temerosos por el riesgo que corrían se dispusieron a cumplir la orden. De todos modos estaban condenados, sólo que, atacando, tenían una posibilidad de sobrevivir.

El bólido, pues, se lanzó tras el mensajero y el piloto de la fortaleza, al percatarse de ello, advirtió a Junior.

—Esto se pone feo, pueden alcanzarnos.

—Tenemos que correr el riesgo —repuso Junior.

El mensajero tenía que correr en un continuo zigzag para evitar la lluvia de rayos que amenazaban con destruirle, y el joven Klaton ordenó unos disparos de entretenimiento.

—Insisto en coger vivos a esos hombres. Disparen sólo para cubrir a MK. 5.

El profesor Krao se había aproximado a Borel y murmuró:

—Nuestro joven jefe tiene una idea en la mente, pero me temo que no le va a servir de mucho.

Borel admitió que hasta el momento todo había salido perfectamente, pero Krao conocía algunos de los métodos de Yakobs y los expuso crudamente:

—Ese malvado no tiene guerreros, sino autómatas. Puede destruirlos en cualquier momento por medio de su cerebro.

Borel, en aquel momento, no acabó de comprender el significado de las palabras del veterano profesor.

Y mientras, el mensajero estaba ya muy cerca de la entrada al hangar.

—¡Retrocede! —ordenó Junior Klaton al piloto—. Y los demás que sigan disparando.

Ante la lluvia intermitente de rayos, el bólido tuvo que desistir de la persecución al mensajero para evitar ser alcanzado.

Por fin MK 5 entró en el hangar y en seguida fue atendido por

dos servidores.

—¡Que se dirija a la sala de control! —ordenó Junior al advertir la presencia de MK 5 en el interior de la fortaleza. Luego añadió—: Ahora suelten el gas absorbente. Nos aproximaremos al bólido.

La pantalla detectó en aquellos momentos la presencia de otras naves extrañas.

Ilma exclamó:

—¡Yakobs manda refuerzos!

—¡Primero tenemos que cazar ese bólido maldito! —adujo Junior Klaton.

El gas magnético entró rápidamente en funcionamiento y sus efectos no tardaron en alcanzar al bólido de Kreckton.

Cuando el piloto advirtió lo que estaba ocurriendo se hallaba ya atrapado y absorbido por la potencia del magnetismo. En aquellas circunstancias no podía tan siquiera disparar, pero confiaba en ser salvado por los refuerzos que estaban llegando.

—¡De prisa, de prisa! —clamaba Junior Klaton.

Ilma puso a tope la palanca del gas y en pocos momentos el bólido entró en el hangar. Sus dos ocupantes se vieron rodeados de una docena de hombres que les amenazaban con sus armas. Les obligaron a salir.

—¿Qué hacemos con ellos? —preguntó uno de los hombres a través del transmisor.

—Llevadlos a la sala de control. Y preparados para un nuevo ataque. Esta vez vamos a tener bastante trabajo.

Una docena de naves bien equipadas aparecieron en forma de cuña.

Krao, que era el mejor conocedor de los métodos de Yakobs, corrió hacia la carlinga para advertir al joven Klaton:

—Poseen armas de largo alcance con una doble capacidad de potencia. Son peligrosos. Si nos alcanzan producirán serios destrozos a nuestra fortaleza.

—Lo imagino, pero ahora ya es tarde para huir —repuso el joven Klaton.

La docena de naves enemigas se aproximaban velozmente al encuentro de la fortaleza. Los ocupantes de esas pequeñas fortalezas bien pertrechadas tenían una misión concreta: Destruir totalmente Omega II.

CAPÍTULO IV

La terrible batalla había empezado y los poderosos rayos de la gente de Kreckton pasaban rozando a la Omega II. Los zumbidos del plutonio rasgaban el espacio, perdiéndose en su inmensidad.

—Que aseguren los compartimientos estancos. Este tipo de naves ya equipado con una doble carlinga —dijo Klaton mientras esquivaba las primeras acometidas para situarse en posición ventajosa para iniciar el contraataque.

Al maniobrar el piloto no pudo evitar situarse en la línea de tiro del adversario y la nave recibió una sacudida. Borel informó rápidamente.

—Hemos sido alcanzados en el tercio superior del flanco de babor. Parte de la carlinga ha sido destrozada.

—Que los especialistas pongan una plancha de repuesto e intenten una soldadura de emergencia —repuso Klaton—. En seguida serán ellos los que tendrán que lamentar haberse cruzado con

nosotros.

—Temo, que Klaton no se dé cuenta de la superioridad del adversario —murmuró Krao.

—Sin embargo, debemos hacer lo que nos diga. Tiene plena conciencia de lo que hace —dijo Borel y en seguida pasó a dar la orden de reparación.

Klaton, desde la carlinga, dio instrucciones al piloto.

—Siga en la misma línea. Yo voy a salir con mi nave para atacarles de costado, eso hará que deshagan su formación y será más fácil alcanzarles.

—¿Puedo ir contigo? —inquirió Ilma.

—No. Tu puesto está aquí. Eres necesaria para las comunicaciones. Os daré instrucciones desde mi nave.

Y acto seguido el joven Klaton con uno de los bólidos deslizantes, corrió por el largo corredor hasta el hangar de la parte trasera.

Entretanto Borel ordenaba atacar.

—¡A ellos!

—¡Padre! —informó Ilma—. Klaton va a atacarlos con su nave.

Krao se llevó las manos a la cabeza.

—Esto es una imprudencia. Le aniquilarán. Esta vez ha ido demasiado lejos.

—Dudo que nadie logre impedírselo —murmuró Borel.

Y la Omega II vomitó fuego contra sus atacantes.

Otra vez la lluvia de rayos se cruzó rompiendo la paz espacial y llenándola de mortales fogonazos.

Klaton, por su parte, salió como una exhalación a bordo de su nave y se dirigió hacia el enemigo accionando las palancas de los tubos.

Cuando las fortalezas de los Kreckton advirtieron el nuevo

peligro trataron de dispersarse al tiempo que repelían el ataque, pero el factor sorpresa estuvo de parte del jefe de Arystel que sin escatimar fuego consiguió reducir el número de atacantes abatiendo a una de las fortalezas enemigas.

Ilma celebró la victoria con un grito de triunfo, mientras otro de los atacantes caía ante el ataque de la propia Omega II.

La doble victoria envalentonó a los servidores de los tubos lanzarrayos y Borel tuvo que admitir.

—Esto será una humillación para Yakobs. Espero que comprenda que no somos tan blandos como suponía.

Krao se mostraba menos optimista.

Varios impactos alcanzaron la Omega y otro tercio quedó destrozado apenas los especialistas habían reparado la primera brecha,

—¡Atención! ¡Atención! —la voz de Borel reclamaba la presencia de nuevos especialistas para taponar los daños sufridos en el fuselaje exterior.

Ahora los krecktorianos atacaban de firme en número de ocho, mientras otros dos salían a la caza de Klaton.

Pero el joven jefe de Arystel se mostró como un auténtico as pilotando su nave y tras esquivar las primeras acometidas se desplazó hasta situarse encima de sus atacantes. Uno de sus pilotos quiso revolverse para conjurar el peligro, pero Klaton le soltó una auténtica carga que fulminó a su enemigo.

El piloto de la segunda nave seguidora soltó una maldición y enfurecido cometió la temeridad de atacar de frente. Era la clase de lucha predilecta de Klaton que tras hacer saltar su nave para evitar que los rayos la alcanzaran atacó de nuevo alcanzando el morro de la fortaleza que saltó hecha pedazos.

Ilma, a través del emisor, felicitó efusivamente al vencedor.

—¡Ya van cuatro!

Klaton sonrió ante la proeza que significaba seguir indemnes de aquel ataque masivo, pero en seguida su expresión se volvió grave al advertir el peligro que corría el Omega:

—¡Cuidado! —advirtió—. Lleváis dos enemigos justos encima. Alejaos, ¡Alejaos!

El piloto demostró conocer el oficio al conseguir esquivar la carga que hubiese resultado extremadamente peligrosa si no mortal de necesidad.

Klaton siguió dando instrucciones.

—Ladea la fortaleza y que ataque la gente de, estribor.

Cumplida su orden, los servidores de los tubos de estribor estuvieron en situación de abrir fuego contra los dos peligrosos enemigos. Uno de ellos fue rápidamente abatido, el otro consiguió escapar, pero en seguida se vio de frente contra Klaton. Tan cerca estaban que ambos pilotos casi podían verse.

Hubo un rápido intercambio de disparos, pero una vez más; Klaton llevó la mejor parte. La sexta fortaleza enemiga se había convertido en una bola de fuego que ya no podría hacer daño a nadie.

Sólo quedaban seis y ante la peligrosidad de que hacía gala Klaton, los pilotos krecktorianos acordaron acabar con él atacando al mismo tiempo.

Grao desde su punto de observación al costado de babor de la fortaleza advirtió el peligro.

—¡Van a pulverizarle! Y si atacamos corremos el riesgo de alcanzar su propia nave,

Pero Borel sentía una gran confianza hacia el joven.

—Conseguirá esquivarlos.

En aquellos instantes Klaton, con una serie de cabriolas, conseguía eludir los rayos de sus adversarios y no desperdiciaba la ocasión de atacar por los cuatro costados de su nave.

Ilma dio una orden por su cuenta y riesgo.

— Vayamos directos al grupo. Les obligaremos a dispersarse. — Y al piloto le pareció una magnífica idea que no dudó en poner en práctica, y la impresionante fortaleza se lanzó de frente contra los cuatro atacantes más próximos, quienes al ver sobre ellos la inmensa mole viraron en distintas direcciones a fin de eludir la peligrosa

proximidad.

Klaton, que sé había percatado de la maniobra, felicitó a los de la carlinga al tiempo que ordenaba:

—¡Atacar por los flancos! ¡Fuego a tope!

Borel no precisaba de la sugerencia para hacer suya la idea del joven Klaton y ordenó a su vez:

—Fuego a tope.

Miles de rayos fueron en persecución de los dos pares de fortalezas dispersas. Una de ellas estalló en el aíre, mientras las otras tres conseguían escapar, pero no pudo evitar recibir un impacto en la cola que al taladrar el fuselaje hizo perder el control al piloto.

Los tres ocupantes que formaban el equipo de ese tipo de fortalezas krecktonianas se vieron sacudidos en el interior del bólido que al recibir los efectos glaciales exteriores comprendieron que ya nadie podría salvarles.

Entre violentas sacudidas la sexta nave se hundía rápidamente en la sima espacial.

Ya sólo quedaban cuatro y sus ocupantes, aunque no tenían más remedio que cumplir ciegamente las órdenes recibidas, sentían el temor del fracaso.

—¡Vamos, Omega II! —exclamó Klaton desde su pequeña nave. Pequeña en comparación con la fortaleza de Arystel y las destructoras krecktonianas.

Pequeña, pero eficaz, como lo estaba demostrando al ser él quien ahora se había colocado a la cola de una de ellas y lanzaba una andanada de rayos hasta tocarla de modo totalmente efectivo.

Los ocupantes gritaron mientras las llamas letales les abrasaban vivos.

Tres naves, que seguían resistiendo con furia y dispuestas a terminar con Klaton, se lanzaron de frente hacía él, sin que Omega II pudiera hacer absolutamente nada, ya que una vez más corría peligro de dar al propio Klaton.

Borel cerró los puños al verse impotente para salvar a su joven y

aguerrido jefe.

Krao tuvo una idea.

—Disponemos del bólido capturado a los krecktonianos.

Borel captó el pensamiento del profesor y replicó:

—Me ocuparé yo personalmente —y salió disparando hacia el hangar mientras el joven Klaton le tocaba ahora cabriolar por . el espacio para evitar que los poderosos rayos enemigos pulverizaran su vehículo espacial.

Los krecktonianos atacaban con saña. Sabían que si no acababan con Klaton jamás podrían terminar aquella misión.

Borel a bordo ya del bólido krecktoniano, salía de estampida del hangar de cola, mientras Ilma, que había advertido la acción de su padre, transmitía a Klaton:

—Mi padre viene en tu ayuda, Junior. Procura aguantar un poco más.

—Es lo que estoy intentando —repuso Junior Klaton haciendo una nueva pirueta en el aire para evitar el fuego graneado de sus enemigos.

—¡Cuidado! —gritó Ilma al observar que dos bólidos se pegaban a la cola de Junior.

—Ya los he visto —repuso, e inmediatamente viró en redondo para darles, frente.

—¡No! —gritó ella presintiendo un choque inminente, pero el krecktoniano, temeroso del desenlace, esquivó a tiempo, justo cuando los rayos de Junior le alcanzaban de flanco.

El piloto enemigo lanzó un grito antes de que el fuego devastador convirtiera su bólido en una llamarada.

Quedaba el otro que soltó una andanada de rayos, pero ya Junior había conseguido elevar su aparato para ponerlo fuera del alcance de su rival.

Entonces entró en acción Borel, y su aparición impensada consiguió sorprender a los atacantes. Uno de los bólidos cayó pulverizado perdiéndose en el espacio convertido en partículas

llameantes,

Borel abatió al nuevo enemigo que había virado bruscamente para hacer frente a la inesperada agresión.

El último de los atacantes se encontró entre dos fuegos y trató de huir mientras transmitía:

«¡Hemos fracasado! La Omega II nos ha atacado por sorpresa…»

Fue lo último que transmitió antes de convertirse en insignificantes partículas que se volatilizarían en el cosmos.

Y mientras Junior Klaton y Borel regresaban al hangar de la Omega II…

…Yakobs soltaba maldiciones por doquier ante el mal asimilado fracaso de los suyos.

Dio Órdenes concretas y verbales al cerebro.

—Mis naves de repuesto deben terminar con la Omega.. No voy a perdonar el menor fracaso.

—Omega II, será destruida —aseguró el cerebro con su voz grave, pausada, pero firme a la vez.

No obstante añadió:

—No somos indestructibles. En un enfrentamiento normal las posibilidades están al cincuenta por ciento.

Yakobs soltó una maldición y golpeó el tablero de instrucciones con el puño.

—¡Somos invencibles! —exclamó.

El cerebro pareció reaccionar hasta emitir su inapelable veredicto.

—Lo seremos, hasta tanto no descubran nuestras debilidades…

CAPÍTULO V

Las naves de refuerzo se dirigían raudamente hacia el punto de las coordenadas donde la Omega II navegaba con rumbo al planeta virgen.

Entretanto, Ilma desde el puesto de observación y transmisiones acababa de captar la inminente aparición de un objeto volante.

Fue Junior Klaton quien observando los indicadores de las pantallas, exclamó jubiloso,

—¡Es el mensajero!

Y en efecto, el último de los mensajeros que había logrado burlar la vigilancia de los atacantes krecktonianos se aproximaba a la nave después de haber rodado por la galaxia apartado de la batalla que poco antes había sostenido la Omega II con los bólidos krecktonianos.

Pero apenas detectado el mensajero, hicieron su aparición la flota de fortalezas medias de Yakobs.

La docena de auténticos acorazados espaciales avanzaba en perfecta formación de ataque.

La nueva oleada había pillado a los especialistas en reparaciones en plena tarea. La Omega II no estaba en condiciones de sostener un nuevo ataque, sin embargo su inferior velocidad a la de sus enemigos le impedía rehuir la nueva batalla que se aproximaba.

Junior Klaton tuvo una idea, peligrosa, pero la única viable para obtener refuerzos.

—Lanzad un mensajero a las Omegas más próximas, Necesitamos ayuda.

Borel comprendía el riesgo, pero a la vez tuvo que admitir que era la única posibilidad de salvar la nave.

Mientras Ilma se aplicaba a la tarea de lanzar el mensaje. Junior y Borel estaban dispuestos a salir nuevamente de la nave para repeler la agresión enemiga.

El mensaje de de Ilma fue captado por Omega V que era la más próxima a la línea de coordenadas por la que navegaba la fortaleza piloto, Omega II.

—Mensaje captado —fue la respuesta—. Acudimos raudos en vuestra ayuda.

Con términos semejantes respondió la Omega X que se hallaba algo más lejana, pero naturalmente dispuesta a la lucha.

Entretanto, el mensajero MK. 5 había entrado en el hangar, salvado momentáneamente del ataque de los krecktonianos.

Los primeros rayos de los acorazados medios de Yakobs pasaron rozando el fuselaje de la Omega II.

Krao, que había quedado como jefe de la nave, daba las instrucciones a los defensores.

—Por el momento conviene esquivar. No presentaremos batalla hasta tanto no lleguen nuestros refuerzos.

Ilma no era partidaria de huir, pero comprendió que era prácticamente imposible hacer frente a aquella avalancha acorazada que se les echaba encima. .

El piloto dejó flotar la Omega II en la galaxia, perdiéndose vertiginosamente a un vacío sin fin, mientras las acorazadas

krecktonianas se lanzaban en picado soltando una lluvia de rayos, superpotenciados.

—¿Preparado? —inquirió Junior Klaton a bordo de su bólido.

Borel, al cuidado del suyo, contestó afirmativamente, y ambos salieron por el hangar posterior para efectuar una peligrosa operación de entretenimiento.

Los dos bólidos de los de Arystel eran minúsculos objetos ante la magnitud de las acorazadas de Kreckton, Pero su pequeño tamaño no era óbice para que en ataque abierto resultaran extremadamente peligrosos.

Y Junior Klaton, con su sentido del ataque directo, se lanzó temerariamente contra una de las acorazadas enemigas propinándole una auténtica andanada de rayos que la nave enemiga creyó poder aguantar. No obstante, la proximidad del bólido de Junio Klaton consiguió que sus impactos dieran en los lugares más vulnerables de las acorazadas, y la primera recibió el duro castigo en sus propias entrañas.

El piloto de la acorazada lanzó una señal de socorro cuando advirtió que su pupitre de mandos echaba chispas y que ya nada era posible para controlarla.

La sala de control de la nave acorazada de Kreckton se convirtió en un continuo chisporrotear de fuego hasta que alcanzó la pila conductora de la energía y estalló en el aire.

Uno de los responsables de la nave más cercana observó consternado la escena que resultaba absolutamente insólita.

—Es la primera nave de esta clase que resulta abatida —exclamó incrédulo.

Pero Borel atacaba ya a una segunda nave utilizando los mismos métodos temerarios de Junior Klaton;

—¡Son como diablos! ¡Hay que difuminarlos! —grito el jefe de los tubos lanzacohetes.

Desde su bólido Junior Klaton adivinó las dificultades de las acorazadas.

—Somos demasiado pequeños para que puedan atinarnos. No les

es posible fijar el blanco.

Cuando la segunda nave estalló en la galaxia, Borel a pesar del triunfo razonó con cierta prudencia.

—Siguen siendo superiores en número, Junior, y no somos nosotros los más importantes, sino la Omega II. ¡Fíjate!

Las diez acorazadas restantes atacaban desde distintas direcciones a la fortaleza, haciendo caso omiso a los bólidos comandados por Junior y por Borel.

—¡La van a pulverizar! —exclamó Klaton—. Tenemos que impedirlo, ¡Sígame, Borel!

Se lanzaron a la cola de una de las acorazadas y abrieron fuego al unisonó, pero la enemiga soltó rayos por la parte posterior obligándoles a evolucionar.

Los impactos de las acorazadas destruyeron parte del fuselaje de la parte. posterior de la Omega.

La alarma sonó por todos los rincones y las voces pidiendo nuevos especialistas para reparar las avería se repitieron, cuando un nuevo impacto dio en el único costado bueno de la nave de Arystel.

—Nos están acribillando. No podremos resistir mucho tiempo —exclamó Krao.

Junior Klaton se daba perfecta cuenta de la angustiosa situación y lanzando una exclamación se lanzo de frente contra el costado de una de las naves que había producido los desperfectos a la Omega II.

—Ahora me toca a mí —exclamó, Y sin medir el peligro se lanzó como si quisiera estrellarse contra el fuselaje de la acorazada que había comenzado a recibir el cosquilleo de los impactos de Junior Klaton.

El piloto dio la vuelta y mientras maldecía, dio la orden de terminar con el minúsculo atacante.

—¡Acabemos ya con él!

La ventaja de Junior Klaton era que podía posarse prácticamente encima de la acorazada y así lo hizo.

—¡Cuidado! —le advirtió Borel al ver la osadía del joven jefe de

Arystel.

Al propio tiempo el jefe de ataque de la acorazada prevenía a los suyos.

—¡Lo tenemos encima! Soltad los rayos de las defensas superiores.

¡Demasiado tarde!

Demasiado tarde porque Junior Klaton atacaba por el punto más vulnerable de la acorazada y salía dispara do para evitar que la erupción le alcanzara a él.

Así, la tercera acorazada se convertía en pasto de las llamas mientras desaparecía por la inmensa sima sin fin del espacio sideral.

No obstante, a la Omega II su mantenimiento en el espacio comenzaba a causarle serios problemas. Tenía que seguir el rumbo, sesteando, y esquivando la acometida de las nueve acorazadas krecktonianas que continuaban manteniendo la supremacía, pese a los esfuerzos de Junior y de Borel.

El ataque masivo había causado nuevos desperfectos y comenzaban a faltar los técnicos en reparaciones para asegurar su continuidad en el espacio. _

Krao se mantenía en contacto con todos los equipos que reparaban el fuselaje. Iba de un lugar a otro, exigiendo que le mantuvieran informado.

—Se nos acaba el material, y si nos fulminan el segundo blindaje nada podremos hacer —dijo uno de los técnicos.

—Bueno. Seguid trabajando. Esperemos que nuestros refuerzos no tarden, en aparecer

Ilma seguía atenta a las pantallas y al detector, deseando fervientemente que la, ayuda no tardara en producirse, pero entretanto los krecktonianos seguían atacando.

El piloto murmuró:

—Esas acorazadas son demasiado para nosotros, —Junior y mi padre ya han abatido a tres. Aun podemos considerarnos afortunados.

Pero las acorazadas estaban haciendo un nuevo intento de

ataque masivo para terminar con la Omega.

— Borel, al percatarse del nuevo peligro, exclamo:

—Voy a ponerme de por medio.

—¡No, Borel! —exclamó Junior Klaton—. ¡Por encima! La única forma es atacarles por encima.

Ilma desde su puesto también observó la temeridad de su padre y exclamó:

—¡No!

Junior comprendió que tenía que intervenir de alguna forma si quería evitar que Borel no desapareciese fulminado por uno de aquellos poderosos rayos.

—Fuera, Borel... Fuera del alcance de las acorazadas. —Pero Borel, ofuscado con la idea de salvar a la Omega II de las andanadas enemigas, estaba en medio del camino de los rayos con evidente peligro para la integridad de su bólido.

Junior Klaton puso rumbo a la acorazada que estaba atacando por el lado de Borel para situarse una vez en el lugar ideal, para propiciar su propio contraataque.

Ese lugar era encima mismo de la acorazada, casi rozándola.

Borel había sido alcanzado por la cola y su aparate revoloteó en el espacio.

—¡Padre! —exclamó Ilma comprendiendo el enorme peligro que estaba corriendo su primogenitor.

Pero allí estaba Junior Klaton descargando toda su artillería sobre la acorazada y saliendo rápidamente a escape.

Alcanzada mortalmente la nave krecktoniana, y mientras su voluminosa estampa se perdía en el espacio, Junior se aproximaba al bólido de Borel para tratar de auxiliarlo.

—¡Atención, Borel! Voy a pasarte la cuerda magnética. Trata de sujetarla.

De uno de los costados del bólido, surgió el cable acerado que quedó conectado magnéticamente al fuselaje del bólido de Borel, con

lo cual le mantenía a flote sin peligro de que pudiera abocarse a la sima espacial.

Descontrolado por completo el vehículo de Borel marchaba a voluntad del bólido de Junior que la arrastraba hacia el hangar de la Omega II, pidiendo paso.

Al no hallar resistencia por parte de Borel y de Junior, las ocho acorazadas krecktonianas emprendieron el ataque final hacia la Omega II, dispuestas ya de un modo definitivo a terminar con ella.

Krao comprendió que el final estaba muy próximo y dio la orden de disparar en todas direcciones.

—Suelten chorros radiactivos para mantenernos alejados —dijo a través de todos los altavoces, dirigiéndose a los puestos de combate.

Aquélla era una solución momentánea porque todos sabían que terminado el efecto de la última tentativa, las acorazadas krecktonianas reemprenderían el ataque masivo.

—¡Ahí están! —gritó Ilma en aquellos momentos.

La Omega V se aproximaba a gran velocidad descargando toda una andanada de rayos contra la flota enemigo.

Entretanto en el hangar, Junior Klaton ayudado por los servidores del compartimiento, sacaban a Borel de su maltrecho vehículo.

—Estoy bien —dijo Borel y dirigiéndose Junior añadió—: Has sido muy oportuno. Te debo la vida.

—Voy al puesto de mando, parece que hay novedades.

Krao llegó en aquellos instantes con la noticia:

—¡La Omega V está en nuestra ayuda!

Y la voz de Ilma saltó a todas las dependencias:

—La Omega V a la vista. ¡Estamos salvados!

Las fortalezas de Arystel de las mismas dimensiones y potencial que la Omega II habían lanzado al espacio sus bólidos caza-destructores que habían comenzado el contraataque contra las acorazadas enemigas.

La lucha no sólo se había nivelado sino que ahora estaba siendo favorable a las huestes de Arystel.

Los poderosos impactos de las fortalezas Omega V y Omega X habían conseguido abatir a dos acorazadas krecktonianas dejando al enemigo con un número de seis acorazadas que ahora tenían que evolucionar a fin de conseguir mantener su integridad en vuelo.

En el fragor de la lucha y ante la imposibilidad de un ataque con posibilidades por parte de los esbirros de Yakobs, Junior Klaton sugirió:

—Manden al mensajero a las dos naves para que informen sobre su rumbo. Nosotros salimos hacia el planeta virgen. No es posible correr riesgos.

El mensajero fue soltado mientras Krao, muy excitado, informaba de una nueva victoria.

—¡Han abatido a otra acorazada! Las cinco restantes huyen.

—No hay que fiarse —repuso Junior en el puesto de mando—. Yakobs querrá vengar esta derrota. Nos mandará a todo su ejército si es necesario.

—Hará algo peor y temo que muchas de nuestras naves perecerán...

—¿Qué más puede hacer? —preguntó Junior.

—Mandará su superfortaleza. Es como una planetoide móvil. La utiliza en casos extremos. Y no dudo de que ésta vez lo hará. .

—Salvaremos la Omega II, la V y la X y dejaremos que el mensajero entre en comunicación con las demás

—El mensajero tiene pocas probabilidades. Es el último que nos queda.

—Yo le protegeré —repuso Junior.

—¿Piensas salir otra vez?

—Sí, profesor.

—Te acompañaré.

—No. Usted puede ser más útil aquí y mucho más en el planeta virgen.

Ilma había dejado su lugar de observación para unirse a los dos hombres. Su, intención era acompañar a Klaton,

—No puedes ir solo, Si tienes que luchar necesitarás a alguien qué cuide de las conexiones.

—Tu puesto también está aquí. Además, no puedo dejar que nadie se exponga en esa guerra. Nuestro pueblo ha sido diezmado con creces. Tenemos que defender como sea cada nueva vida que pretendan arrebatarnos.

Borel entró en la sala para intervenir:

—He oído tus propósitos. Yo iré contigo.

—No, Borel. Tú eres el jefe de esta nave.

—No creo que ahora esta nave precise de protección especial. Puede llegar a su destino antes de enfrentarse a nuevos contratiempos. ¿No crees?

—Sí, lo creo.

—Entonces acéptame como compañero tuyo, Junior. Hazlo al menos en memoria de tu padre.

—Está bien, Borel. No puedo negártelo. Salgamos de ahí. Avisad a las otras naves. La Omega V y la X os servirán de escolta. Dentro de muy poco llegarán al planeta virgen.

Ilma, cabizbaja y obediente, deseó a su padre y a Junior Klaton toda la suerte que bien iban a necesitar.

Y entretanto…

Yakobs, rabiando una vez más por su nuevo fracaso, golpeaba los tableros, mientras el jefe de COORDINACION, tomaba algunas notas de acuerdo con los signos que aparecían en una de las pantallas de una pequeña computadora regida por el gran cerebro.

—¡La superfortaleza! La dirigiré personalmente —clamó, levantando los puños.

—¡Un momento, Yakobs! Tres fortalezas se dirigen al planeta

virgen. Creo que no llegaremos a tiempo.

—¿Qué es el planeta virgen? —inquirió Yakobs.

—Seguramente el nuevo Arystel. Lo que estamos buscando tan afanosamente.

Yakobs se dirigió hacia el mensajero apresado que iba soltando su mensaje en clave sin que el cerebro consiguiera descifrarlo.

—¡El planeta virgen! ¡Has captado este mensaje! Dime dónde está, maldita sea... ¡Dímelo!

La metálica y pausada voz del cerebro replicó:

—Se trata de un nombre genérico. Hay muchos planetas vírgenes.

—A mí sólo me interesa uno. ¡Su nombre! —insistió Yakobs en el colmo de su cólera.

—Lo ignoro.

—¡Maldito seas, montón de chatarra! ¿Y qué has conseguido del mensajero?

—Te dije que no estaba programado para ello.

—¡No me sirves de nada! —clamó Yakobs y a continuación pasó orden microfónica a través de todos los senadores de la base de guerra de Kreckton.

—¡Pongan a punto la superfortaleza, ocupen sus puestos! ¡Partimos de inmediato!

Se volvió al cerebro y añadió:

—Tendré que hacerlo yo. En cuanto a ti, puesto que no sirves para acabar con el mensajero, destrúyelo. ¡Acaba con él! Ya no le necesito para nada.

El jefe de COORDINACION se atrevió a vaticinar:

—Con la superfortaleza conseguirás alcanzar a las tres naves que tratan de escapar de nuestro control.

—Sí, Lo conseguiré y las destruiré... —Pensó unos momentos y

su rostro dejó paso a una expresión de suprema astucia, sin que por ello dejara en segundo lugar su habitual dureza.

—Y conseguiré algo más —añadió—. Ninguna Omega llegará a su destino. Sé el medio para conseguirlo…

CAPÍTULO VI

La superfortaleza krecktoniana. La Super Kreck, como era conocida, portaba consigo el rayo definitivo, aparte del superláser autodirigido capaz de perseguir a su objetivo hasta localizarle y destruirle. En otra sección contaba con materia autodirigida también con potencia paralizadora para cuando era conveniente capturar

objetos en vuelo y dejarlos inmóviles a merced de los magnetizadores.

Por otra parte, la superfortaleza Kreck era considerada como invulnerable. No podía ser atacada por ningún resquicio y rechazaba cualquier tipo de rayos enemigos.

Dentro de aquel artefacto de enormes dimensiones, Yakobs se consideraba un ser indestructible.

Dos centenares de servidores bastaban para manipular los mandos electrónicos regidos por el cerebro supremo que regía el planeta del dictador.

La superfortaleza tenía un tamaño cuatro veces superior a las Omegas de Arystel y su fortaleza era tal que incluso podía lanzarse contra cualquiera de ellas y sin disparar un solo proyectil pulverizarla en pleno vuelo sólo con su propio empuje,

Aquel bastión que en el espacio se recortaba como un planetoide cualquiera, de un brillo deslumbrante, podía camuflarse perfectamente, precisamente por su aspecto de satélite o asteroide, cuya forma esférica, achatada por los polos, le hacía fácilmente confundible.

Las radiaciones exteriores eran cegadoras. Toda aproximación a él resultaba prácticamente mortal para el piloto que osara un ataque sin la debida protección. Era, en definitiva, un artefacto inviolable y sin fuerza conocida no ya para abrir una brecha en él, sino tan siquiera para plantarle batalla.

Antes de dar la orden de partida, Yakobs conectó con el cerebro que podía regir su autonomía a distancia.

—Ahora sabrán quiénes son los más fuertes. ¡Adelante!

Y su sola palabra bastó pata que el cerebro, automáticamente, hiciera despegar el planetoide que surgió de la cavidad del cuartel general de Kreckton a velocidad vertiginosa hasta perderse en el espacio. Lo único que quedó de la superfortaleza fue su brillo tan potente como el de cualquier estrella, confundiéndose en seguida con cualquiera de los millones que pueblan la inmensa galaxia.

Autodirigida por el cerebro, la superfortaleza Super Kreck siguió la ruta que debía llevarla hacia las coordenadas que se dirigían al planeta virgen.

Yakobs, mirando a través de la colosal bóveda transparente y mientras contemplaba el maravilloso espacio infinito, transmitió órdenes a su segundo, el jefe de ACCION, para que todo estuviera dispuesto.

—Los rayos perseguidores deben estar preparados para cuando captemos la señal de las tres Omegas.

—¿Destruiremos las tres? —inquirió el aludido.

Yakobs sonrió maliciosamente,

—No… Voy a reservarme una. La Omega II. Es la fortaleza piloto. Allí viaja Borel y su hija. Eran las personas más allegadas a Klaton. Les haremos hablar. Será el método más directo de conocer el emplazamiento del planeta virgen.

* * *

En aquellos instantes, Junior Klaton comprobaba su situación en la galaxia por medio de la pantalla de coordenadas.

Borel informó.

—Nos acercamos demasiado a la zona de Kreckton.

—Lo sé.

Borel no respondió de momento. Comprendió que la idea del joven mandatario de Arystel, desde el primer momento había sido la de intentar infiltrarse en el planeta regido por el dictador.

Tras unos momentos de silencio repuso:

—No me arredra el peligro, sólo quiero hacerte notar que no disponemos de medios.

—Sé que Krao conoce algunas zonas vulnerables, pero no quiso decírmelas. Se las voy a pedir en clave antes de entrar en la zona de influencia de Kreckton.

—¿Y por qué crees que ahora te las dirá?

—Porque Krao trata de proteger mi vida, pero cuando comprenda que nada puede retenerme soltará todo lo que sabe.

Borel permaneció en silencio, mientras la nave de Junior Klaton seguía aquella ruta a veces luminosa por el paso entre las constelaciones y otras veces penetrando en la más densa oscuridad.

Después de otro silencio Junior Klaton añadió:

—He estado pensando en la situación de Kreckton. O mucho me equivoco o tiene que existir un lugar idóneo para penetrar en él sin ser detectado especialmente. Y me parece que ya conozco ese lugar. Krao me lo confirmará.

—Captarán nuestro mensaje.

—Sólo les daré un nombre. El cerebro de Kreckton puede que lo capte, pero no es humanoide.

—Es un cerebro perfecto, sin fallos,

—Alguno tendrá, Borel.

—Bien… Háblame de ese lugar que según tú crees que es el más vulnerable. .

—Piensa un poco en Kreckton —sonrió Junior Klaton con un matiz picaresco en su voz.

—Es un planeta sin características especiales. Sus dimensiones son algo mayores de las de Arystel. Sus ciudades viven agrupadas en grandes núcleos en medio de zonas inhóspitas. Poseen una base central desde donde dirigen todas sus operaciones. Esa base es superior en tamaño a cualquiera de sus grupos de ciudades y albergan en ella una superfortaleza del tamaño medio de un planetoide.

—Perfecto. ¿Pero no olvidas algo?

—Recibe la luz del Sol de la XI Galaxia y toda su esfera gravita en torno a ese sol.

—Sigue…

Borel se encogió de hombros.

—Hay algo más.

—Sí. Lo más importante. Lo que ocurre con infinidad de planetas… Tiene una cara oscura. El movimiento de rotación es incompleto.

—Cierto —admitió Borel—. Pero como tú dices ese detalle es común a otros habitáculos y satélites. A menos que… ¡No! ¿No Intentarás..,?

—Sí, Borel. Si es como me imagino, en esa cara oscura radica el punto flaco de Kreckton. Según mis estudios la llamada zona interna y glacial de ese planeta parece en apariencia inabordable. Las grandes masas glaciares forman una barrera natural que ningún rayo es capaz de derretir. Una fortaleza volante no podría atravesar tales muros, pero una nave como la nuestra creo que bien puede sortear los obstáculos.

Borel quedó pensativo mientras Junior Klaton tras una pausa, añadía:

—Hay otra razón por la que esa zona quede desprotegida. Y es la casi absoluta invisibilidad que la envuelve. Es difícil desde el espacio ver esa cara oculta o interna, y ésa es en verdad su mayor protección.

Borel desatendió unos instantes los comentarios de Junior Klaton para advertir:

—¡Estamos prácticamente sobre Kreckton!

—Lo sé. Ahora es cuando vamos a dar el rodeo. El control detector nos indicará si nos apartamos demasiado de la zona. Ahora voy a conectar con Krao.

Tras establecer la conexión, Ilma informó llena de alegría al escuchar la voz del joven que el vuelo se realizaba sin dificultades y adujo también otra buena noticia.

—El mensajero ha establecido contacto con las Omega XII y XIV, parece que la suerte nos favorece… ¿Qué tal está papá?

—Un poco preocupado, pero se le pasará tan pronto hable con Krao.

Pero aquel mensaje estaba siendo captado por el cerebro que de inmediato estableció el lugar exacto donde se encontraba la nave de Junior Klaton y lo transmitió a la pantalla correspondiente, lo que

hizo que el servidor que en aquellos momentos estaba al cuidado de la sala de control lo pasara al jefe de COORDINACION.

—Un objeto se halla cerca de la órbita de Kreckton. Se trata de una nave de pequeño tamaño que pertenece a otro planeta, posiblemente a Arystel —informó el jefe de COORDINACION a los encargados de la defensa.

DEFENSA cuidó de los dispositivos necesarios y accionó los distintos detectores para establecer el punto exacto de la nave próxima al planeta.

Alguien comentó:

—Una nave pequeña. Debe de ser un loco quien la tripule. ¿Pretende enfrentarse contra todo nuestro poder destructor?

Entretanto, Junior había establecido ya contacto con Krao al que preguntó en clave si era buen camino a seguir las coordenadas que nombró.

Krao, admirando la inteligencia de Junior, contestó afirmativamente.

—Pero..._

Iba a añadir algo, más, pero Junior atajó con un:

—Corto, Krao. Resultaría peligroso hablar demasiado...

Luego, a micro cerrado y hablando con Borel, Junior Klaton dijo:

—Ya lo has oído. Es lo que me había figurado. Supongo que Krao piensa que es una locura, pero en el fondo sabe que tenemos alguna posibilidad y no vamos a desaprovecharla. ¿Verdad, Borel?

—Por supuesto que no.

—Nuestro objetivo es el cerebro. Una vez logremos inutilizarlo, toda la fuerza de Yakobs se desvanecerá y Kreckton se convertirá en el planeta más vulnerable, pero no vamos atacar a su gente. Ellos no tienen la culpa. Bastará con destruir su base y aniquilar a todos sus esbirros. La gente volverá a ser libre y miles de habitáculos nos lo agradecerán porque dejarán de vivir sometidos y jamás correrán el riesgo de verse destruidos por un capricho del dictador.

Pero mientras Junior Klaton daba un rodeo para situarse en la

parte invisible del planeta, la superfortaleza Super Kreck estaba a punto de dar alcance a las tres Omegas que seguían un plácido vuelo creyéndose ya libres de todo peligro.

El cerebro informaba en aquellos instantes del punto exacto donde las tres fortalezas de Arystel se movían majestuosas por el espacio.

CAPÍTULO VII

Ilma creyó detectar un objeto extraño, pero la pantalla quedó ciega unos momentos como si alguna interferencia se hubiese interpuesto en su normal desenvolvimiento,

Krao, cerca de la. sala de control de vuelo, intervino:

—Déjame hacer una comprobación —y pulsó unos botones consiguiendo que nuevamente la pantalla continuara con su información de tipo rutinario.

—¿Todo normal, profesor? —inquirió la joven.

Krao no estaba demasiado convencido. Había estudiado mucho sobre los métodos utilizados por los krecktonianos y su cabeza estaba barruntando el posible peligro.

Tras hacer algunas manipulaciones en la pantalla volvieron a aparecer unas rayas oblicuas que desaparecieron tan pronto como Krao hubo pulsado el botón rojo.

Con un suspiro de desazón murmuró:

—Voy a ordenar que aceleren, aunque temo que no sirva de mucho.

—¿Qué ocurre, profesor? —preguntó Ilma.

—Temo que tengamos sobre nosotros la superfortaleza de que tanto alardeaba Yakobs.

—Pero el detector no informa de nada —repuso Ilma.

—Ahí está una de las múltiples ventajas de ese monstruoso artefacto volante, Ilma. Es indetectable.

Fue entonces cuando apareció a cierta distancia aquella luz cegadora.

—¿Qué planeta es éste? —inquirió el piloto de la Omega II volviendo los ojos.

—¡Ninguno! ¡Es la superfortaleza! ¡Varía el rumbo! ¡Rápido! Voy a informar a los otros.

Pero cuando Krao intentaba establecer contacto con una de las dos Omegas que volaban a escasa distancia de la II, apareció aquel raye autodirigido que escupió la superfortaleza krecktoniana. De su cegadora luz había surgido el superláser que iba en pos de la Omega V.

En la pantalla Ilma estaba observando la nave condenada y él profesor gritaba con todas sus fuerzas:

—¡Varíen el rumbo! ¡Varíen el rumbo! Aquí Omega II a Omega V. Varíen el.,.

Sabía que ya nada podía hacer por ellos. Comprendía que una

vez el rayo había surgido del tubo correspondiente perseguiría a su objetivo hasta destruirlo. Calló antes de imaginar la tremenda explosión.

Fue Ilma quien , a través de la pantalla pudo testimoniar el trágico fin de la Omega V, alcanzada de lleno en el centro.

Vio cómo primero la nave parecía partirse por la mitad como si fuese construida de material blando. Después, sin solución de continuidad, se producía un tremendo estallido y partículas de centesimales se desparramaban por todo lo profundo de la sima espacial.

Ilma tuvo que cerrar los ojos ante aquel espectáculo aterrador que acababa de poner fin a miles de vidas de seres hermanos.

—Temo que ya nada pueda salvarnos —murmuró Krao, lógicamente pesimista. .

* * *

Ilma trataba de establecer contacto con Junior Klaton, pero éste prefirió hacer oídos sordos.

—Es mejor —dijo a Borel— que no demos la menor señal. Seguro que siguen nuestro rumbo, pero no se les ocurrirá imaginar que nos dirigimos hacia la zona de los glaciares. Es posible que piensen que pasamos de largo.

—Estoy convencido de que miles de tubos están apuntando hacia nosotros.

—No podrían alcanzarnos. Estamos fuera de órbita. Y mira. Nos acercamos a la zona de la noche perpetua.

En efecto, la pequeña nave se apartaba ya de los rayos del sol de la XI galaxia para adentrarse en una zona de tinieblas perpetuas.

Siguiendo siempre en contacto con sus detectores procuraba no atravesar la invisible línea que le pudiera poner de lleno al alcance de los tubos krecktonianos.

Junior Klaton cedió un poco la velocidad a fin de seguir más fielmente la trayectoria.

En la pantalla la cara oscura de Kreckton se tornaba prácticamente invisible.

—En muy poco ganaremos nuestro objetivo.

Pero el cerebro, entretanto, estaba señalando unas determinadas coordenadas que el encargado no lograba establecer, por lo que decidió consultar con el jefe de COORDINACION.

—¿A qué crees que puede pertenecer esto?

—Corresponde a nuestra órbita. Que el cerebro cuide de descifrarlo.

Consultado el cerebro éste indicó, de forma más exacta, la trayectoria seguida por la nave de Arystel.

El jefe de COORDINACIÓN observó pensativo el mensaje.

—Ninguna nave puede atacarnos por ese lado —comentó con el encargado de DEFENSA.

—Pero los glaciares actúan a modo de aislantes. No me gusta esto. Si tratan de sorprendernos por ese lado, tal vez hayan estudiado alguna posibilidad que se nos haya escapado a nosotros.

—Habría que consultar al cerebro —dijo COORDINACION.

—Sí, aunque lo más positivo sería preparar los rayos autodirigidos. Voy a efectuar los preparativos —adujo DEFENSA.

Coordinación volvió a penetrar en la sala del Cerebro para pedir una más clara verificación de lo que podía estar ocurriendo.

—Pequeña nave con buena previsión de efectivos ha cruzado la órbita de la cara oscura. Intenta infiltrarse a través de los glaciares. Esto es todo —dijo la voz mecánica del cerebro.

— ¡Una locura! —COORDINACION no podía creerlo—. Me gustaría saber qué opina de esto Yakobs.

El encargado de recibir los mensajes del cerebro preguntó si quería que se lo consultara.

—No, No quiero que Yakobs nos tome por unos ineptos que no sabemos hacer nada sin él. Además, aquí tenemos todo lo necesario para autodefendernos. ¡Una pequeña nave que trata de infiltrarse por los glaciares! ¡Debe de ser un loco o un suicida!

Regresó DEFENSA para advertir:

—Todo preparado.

—Estupendo. Empieza a lanzar rayos. Si ese anormal no se estrella contra las montañas de hielo recibirá una sorpresa que, sin duda, está lejos de esperar.

Cuando DEFENSA supo exactamente las pretensiones de la nave de Arystel expuso sus dudas sobre la eficacia de los rayos.

—Los glaciares pueden entorpecer la marcha de los rayos.

COORDINACION estaba seguro de una cosa.

—¡Nunca llegará a la zona habitable! Y ésta será una victoria que conseguiremos sin Yakobs.

* * *

Yakobs acababa de conseguir su segunda victoria tras haber hecho estallar a Omega X.

Desde la imponente bóveda de aquella superfortaleza inabordable comentó:

—Creo que nuestro poderío ha quedado bien patente.

—¿Qué hacemos con Omega II?—inquirió ACCION,

—Seguir con el plan. Que lancen, los rayos paralizantes. Quiero absorberla. Que preparen el puente para pasar a las personas con las que me conviene entrar en contacto. En cuanto la operación esté lista dejaremos la nave a nuestra completa autonomía.

ACCION pasó a informar a los servidores de los distintos puestos de ataque.

Y mientras tanto, Ilma abrazada a Krao, manifestaba por primera vez el pánico por lo que pensaba iba a ser su fin.

—Sólo quedamos nosotros. Y estamos a su alcance.

—Ten valor, muchacha. Moriremos luchando. Junior Klaton y tu padre lo hubiesen preferido así.

Las órdenes de lanzar todo el fuego disponible estaban dadas y los tubos lanzarrayos disparaban sin cesar contra un monstruo invencible.

—Ni siquiera conseguiremos abrir brecha —exclamó uno de los jefes de grupo encargados del ataque.

Lo que nadie comprendía es cómo la Super Kreck se iba aproximando sin lanzar un solo proyectil.

Krao, en la sala de control, soltándose de Ilma, también captó aquel ambiente enrarecido. Parecía como si una paz imposible se hubiese adueñado del ambiente.

A través del visor de la fortaleza vio la superfortaleza y sólo la doble carlinga transparente que había colocado el piloto hacía posible observar la Super Kreck, sin quedar absolutamente circo.

—No piensan atacarnos — dijo entonces Krao que empezaba a intuir el propósito de Yakobs.

La muchacha se aproximó. La mole estaba muy cerca.

—¿Crees que quieren parlamentar? —inquirió Ilma.

—No seas ingenua. Yakobs no parlamenta con nadie. Por alguna razón tratan de apresarnos vivos.

Ilma intentó comunicar con las defensas, al tiempo que exclamaba:

—Es una buena ocasión para atacar.

Pero en seguida le llegó la voz de uno de los jefes de grupo:

—¡Estamos paralizados!

El piloto lo confirmó en aquellos momentos.

—¡No nos movemos! ¡Una fuerza magnética nos tiene sujetos en el espacio!

Krao entendía bastante de aquello y bajó la cabeza, Sus pronósticos se habían cumplido.

—¡Los rayos no salen de los tubos! —seguía lamentándose el jefe de grupo, y otros encargados comunicaban la misma circunstancia. Después, una voz que no procedía precisamente de la Omega II, acalló todas las protestas:

—¡Les habla Yakobs! La Omega II está a merced de la superfortaleza a mi mando personal. Vamos a establecer un puente. Mis hombres entrarán con instrucciones precisas para llevarse a dos personas de su fortaleza. No intenten atacar a mis guerreros. No les serviría de nada y todos perecerían. Si han comprendido el mensaje contesten afirmativamente y abran el hangar posterior.

Krao se hizo cargo de la situación y tomando el transmisor contestó:

—Usted gana, Yakobs. Estamos a su merced. Abran el hangar, y dígame a qué personas necesita.

—A los Borel. Padre e hija. Mis guerreros los llevarán a la Super Kreck.

—Le habla Krao, Yakobs. Borel no está en la nave.

—¡Miente! ¿Quién es usted?

—Soy Krao y si lo que quiere son rehenes me ofrezco en puesto de Borel.

—¡Quiero comprobar personalmente que Borel no está en la nave!

—Por supuesto. Sería inútil negárselo.

—¡Abran el hangar! —ordenó imperiosa la voz de dictador.

* * *

En Kreckton, Junior Klaton y Borel, ignorantes de lo que estaba ocurriendo en la Omega II, habían traspasado la órbita del planeta entrando de lleno en la zona de los gigantescos glaciares.

El cerebro informaba de su posición y DEFENSA accionó los superláser autodirigidos.

* * *

En la Omega, a través del puente establecido desde la Super Kreck, Yakobs, escoltado por sus hombres, hacía su entrada en el hangar. Krao le esperaba.

Por orden del propio Krao —más que orden de un consejo—, Ilma se había escondido entre las otras mujeres que viajaban en la nave.

—Puede registrar toda la nave —dijo Krao—. Aparte de los especialistas sólo viaja personal civil.

—No necesito de su permiso para hacer lo que desee —repuso Yakobs en tono despectivo, y avanzó majestuoso siempre rodeado de cuatro guerreros.

Otra docena de hombres, con sus tubos lanzarrayos a punto, esperaban instrucciones.

—Registren la nave. Yo voy a la sala de mandos. Y usted, Krao, no se mueva. Responderá por todos si no encuentro a Borel.

—No lo encontrará.

Yakobs quiso convencerse por sí mismo y cuando hubo llegado a la sala de mandos se encaró con el piloto a quien amenazó con el dedo, lo cual bastó para que los respectivos tubos de los guardaespaldas del dictador apuntaran al asustado joven.

—¿Dónde está Borel?

—Abandonó la nave.

—¿Cuándo?

El piloto, a pesar de su miedo, escupió con orgullo su respuesta:

—Después de haber puesto en fuga a sus acorazadas. Les dimos un buen vapuleo.

Yakobs entornó sus ojillos. Su mirada se tornó asesina. Un odio supremo invadió todo su ser y para desahogarse ordenó:

—¡Acabad con él!

—¡No! —gritó el piloto.

Fue inútil. Cuatro rayos salieron a la vez de los respectivos tubos de que eran portadores los guerreros acorazados. El joven piloto cayó fulminado.

Yakobs continuó su búsqueda. Conocía a Borel. Se había enfrentado una vez con él en lejanas épocas. Sabría reconocerle en seguida, pero naturalmente la búsqueda resultó infructuosa.

Convencido Yakobs de que el hombre que buscaba no se encontraba en la nave se dirigió a Krao.

—Tú responderás por él. Eres Krao. No te había visto antes, pero, oí hablar de ti. —Se volvió hacia sus hombres y siguió ordenando—: Escoged a un par de mujeres. No importa cuáles. Ellas también responderán.

Los guerreros, sin miramientos de clase alguna, atenazaron a un par de mujeres que gritaron asustadas.

Ilma no podía consentir el sacrificio de ninguna de sus dos compañeras siendo ella quien les interesaba, y surgió desafiante:

—¡Suéltenlas! Ellos me buscan a mí. Soy Ilma. La hija de Borel…

Yakobs sonrió complacido, aunque su mueca más bien provocaba terror.

—Muy valiente. Te pareces a tu padre. Tengo una cuenta pendiente con él. ¿No lo sabías?

—Cuando mi padre habla de ti, Yakobs, sólo lo hace para mentar al más despreciable y vil de todos los seres.

—Guarda tu resuello porque pronto vas a necesitarlo. Lleváosla…

Momentos después, Krao y la muchacha cruzaban el puente tendido desde la Super Kreck, abandonando la Omega II,

El puente, protegido por un escudo circular, les permitió pasar sobre la sima espacial, luego los guerreros cerraron la marcha y el puente fue retirado.

Krao e Ilma quedaron a merced del dictador.

CAPÍTULO VIII

Los rayos autodirigidos del planeta Kreckton intentaban dar alcance a la nave tripulada por Junior Klaton. Borel había advertido el peligro, pero el joven e intrépido piloto le tranquilizó con una sonrisa.

—Ahora ya estamos a salvo. Lo importante es salvar los escollos que tenemos al frente.

Y, en efecto, la nave estaba navegando a la altura conveniente salvando aquellos gigantescos obstáculos en forma de montañas de hierro que formaban una auténtica barrera laberíntica.

Por la parte de popa de la nave, los rayos perdían el control e iban a estrellarse contra los glaciares. A pesar del tremendo poder de aquel fuego, no conseguían mover ni un solo pedazo de hielo.

Klaton sonreía a medida que iba sorteando aquellas cordilleras formadas por estalagmitas gigantes.

—No tardaremos en salir de esa zona. Las complicaciones empezarán cuando lleguemos a la base.

—Lo supongo. Aunque después de esto no creo que nada pueda detenernos.

—Exacto, Borel. Estos superdotados se creen muy inteligentes, pero fallan en lo esencial. No pueden ni remotamente imaginar que dos hombres solos intenten pisar su maldito suelo.

—¡Cuidado! —advirtió Borel con la mirada al frente al darse cuenta de la proximidad de una mole helada.

Klaton, que había distraído su atención momentáneamente, tuvo que virar repentinamente cuando uno de los rayos estuvo a punto de

alcanzarle.

Evitó el glaciar, mientras el rayo se estrellaba contra él mismo.

Borel lanzó un suspiro de alivio.

—Por poco creí que...

—Toma un poco los mandos, ¿quieres? Ahora es el momento de establecer contacto con la Omega. Desde aquí ya no pueden captar nuestra situación. Estos glaciares son un perfecto aislante.

Borel pasó a ocupar los mandos. Se necesitaba un extraordinario dominio para sortear aquellas moles que surgían de las profundidades y alcanzaban considerables alturas.

Pero Borel era un extraordinario piloto y supo hacer honor al relevo, mientras el joven Klaton dejaba abierta la emisora.

—Es extraño —comentó—. No capto la menor señal.

—Inténtalo de nuevo —sugirió Borel.

—Ya lo hago, Pero es como si la Omega no existiera.

—No tienen tiempo de haber, llegado a su destino

—Voy a tratar de establecer contacto con otras naves.

Al pulsar uno de los botones surgió la nota del memorizador.

Krao, antes de abandonar la nave, había dejado un mensaje. Era el mismo que ahora captaba Junior Klaton a través de la pantalla,

«Omega V y X destruidas, II paralizada por la superfortaleza de Yakobs. Krao e Ilma rehenes.»

No decía más.

Junior Klaton cortó la comunicación. Borel no había advertido nada y prefirió que no supiera el peligro que estaba corriendo su hija.

Su cerebro pensó rápidamente. Era el momento de tomar una rápida decisión.

Era obvio que de nada serviría yol ver atrás. No podía luchar contra la superfortaleza. Por contra la gran central de Kreckton estaba

prácticamente a su alcance y allí estaba el cerebro. Inutilizado éste, el poder de Yakobs habría desaparecido de forma absoluta y total.

Había que seguir adelante y hacerlo de prisa.

—¿Qué pasa? —preguntó Borel refiriéndose a la señal de la Omega II.

—Nada —mintió Junior—. Es una interferencia debida a los glaciares. Debí suponerlo —y a continuación pidió tomar nuevamente los mandos, del aparato.

—¿Qué ocurre? —protestó Borel—. ¿Es que no lo hago bien?

—Ocurre que... quiero terminar este asunto cuanto antes

Y de nuevo al frente de los mandos Junior Klaton aceleró la marcha.

Era peligroso, cualquier distracción podía hacerle chocar con una de aquellas tremendas moles, pero Junior tenía un temple especial en las situaciones de apuro y los estaba demostrando ante la extrañeza de Borel que, no obstante, no despegó los labios a fin de no distraerle en su cometido,

Para Junior, ahora ya sólo existía una idea fija en su cerebro: terminar con el poder de Yakobs.

Tenía que llegar cuanto antes a la base. Tenía que sortear la vigilancia y escapar de los detectores. Tenía que destruir el gran cerebro que regía todo el sistema de Kreckton. Y tenía que hacerlo con toda urgencia. Porque...

* * *

Krao e Ilma se hallaban en el salón de la inmensa bóveda. Ante ellos Yakobs, omnipotente, mostrándoles la Omega II suspendida en el espacio, inmóvil, merced a la fuerza magnética de la Super Kreck.

—Ahí la tenéis. Vuestra nave y con ella unos miles de cuerpos que podría destruir en este mismo instante, pero puedo salvar sus vidas. Sólo yo —y su voz se elevaba y sus brazos gesticulaban con

grandilocuencia como si se tratara de un Dios— soy el dueño. Porque soy el más poderoso y nada se me puede resistir. Ni siquiera vuestra estúpida osadía al aniquilar mis acorazadas... me apartarán del camino que me he trazado. Y oídlo bien: Me siento propenso a olvidar vuestra irreflexiva rebeldía y a perdonaros la vida...

—¿A cambio de qué, Yakobs? —osó interrumpirle Ilma.

El dictador le lanzó una mirada cargada de odio. Otra de las cosas que le resultaban insoportables e imperdonables era que alguien interrumpiese su oratoria.

Se aproximó a la muchacha y la golpeó con el dorso de la mano. El anillo con el escudo imperial de Kreckton dejó una señal en el rostro de la joven, pero ni un solo grito se escapó de sus labios.

—Sólo los cobardes hacen lo que tú has hecho —repuso ella—. Estamos a tu merced, cobarde. ¿Por qué no acabas con nosotros?

—Si éste es tu deseo no dudes de que te complaceré, —replicó, tajante, el dictador.

Intervino Krao dando un paso hacia Yakobs extendiendo una mano.

—No, Yakobs. Olvida lo ocurrido. Ilma es muy impulsiva. Ha salido a su padre, pero no le hagas nada a ella. Tu poderío no se verá mermado por lo que opine una mujer.

—¡No me importa mi destino, Krao! —exclamó Ilma, No trates de defenderme, aunque te agradezco tu mediación, pero no la quiero. Sé que piensa matarnos igualmente. Si no lo ha hecho es porque quiere conseguir algo a cambio. Que lo diga de una vez.

Yakobs se sentía humillado delante de los suyos. No soportaba que nadie le alzara la voz, por eso hizo ademán a los suyos para que la sujetaran.

—Dadle unas sesiones de corriente para calmarla.

—¡No! —gritó ella—. Tortura no.

Krao volvió a intervenir:

—Ilma tiene razón. Nos quieres a cambio de algo. Dilo y mátanos si te place, pero no la tortures a ella.

—Entonces que suplique mi perdón —galleó Yakobs adoptando una de sus poses desafiantes.

Krao miró a Ilma indicándole con la mirada que obedeciese, pero la muchacha pensaba de modo muy distinto. Arrogante como su padre se encaró al dictador a quien, espetó:

—Jamás me humillaré ante un perro como tú.

—¡Azotadla!

De las respectivas cananas de los guerreros que formaban la guardia personal de Yakobs aparecieron unas tiras brillantes. En apariencia eran como cables de poco grosor, pero que, sin embargo, conectados a unas pilas térmicas, producían tremendos calambres.

Dos de los hombres rasgaron las vestiduras de la muchacha hasta dejarla totalmente desnuda.

Dos pares de poderosos brazos sujetaron a Ilma a unas argollas con cierre. magnético y entonces cuatro de los guerreros accionaron sistemáticamente aquellos látigos que apenas si se movían de sus respectivas manos, pero que a cada rítmica sacudida hacían estremecer de dolor a Ilma, que, no obstante, aguantaba en silencio el tremendo suplicio que. iba salpicando su fina piel de puntitos rojizos.

Todo el cuerpo de la muchacha vibraba ante el dolor físico de la corriente nuclear que pasaba por todos los poros de su cuerpo.

Krao, horrorizado, pidió que terminara el tormento.

—Ya basta, Yakobs. Por favor. Esto no tiene sentido,

—¡El castigo cesará cuando yo lo ordene! Y ahora tú me dirás dónde están las otras naves. Sé que disponéis de doscientas —y riendo añadió—: A las que hay que descontar las dos que va no existen… Sé que cada nave puede conducir dos mil personas y abundante material. Ahora sólo quiero saber su rumbo. No quiero perder mi tiempo recorriendo la galaxia. Tú nos ahorrarás trabajo.

Krao tragó saliva.

—Lo siento… Recibimos orden de no comunicarnos entre sí. Cada nave desconoce el rumbo de las demás.

—No es cierto.

—Sí lo es.

—Sin embargo, os habéis comunicado con la Omega V y la X.

Krao guardó silencio mientras Yakobs sonreía maléficamente.

Por su parte los guerreros continuaban el rítmico castigo contra el cuerpo de Ilma que aún medio desmayada seguía sin despegar los labios pese al intenso dolor de aquella tremenda tortura.

—Basta, Yakobs. Te lo ruego. Te he dicho lo que sé. Ilma no sabe más que yo...

Yakobs paseó unos segundos por el ancho recinto abovedado y, por fin, hizo una seña a sus hombres para que dejaran de sacudir el cuerpo de la hija de Borel.

Con el último latigazo la muchacha había perdido el conocimiento y quedó suspendida por aquellos fuertes brazaletes magnéticos que aprisionaban sus muñecas,

—Quizá convenga que ensayemos una sesión contigo, Krao —dijo entonces Yakobs—. A menos que reúnas a todas las naves en el lugar exacto que yo diga.

Krao tragó saliva.

—Si lo hago...

—Lo harás, o mataré a Ilma Borel.

—No, Yakobs.

—Elige.

—Sí, reúno las naves las destruirás como has hecho con las otras dos. Cerca de medio millón de seres van a morir,

—Puede que tenga compasión de ellos. Eso también puede depender de ti, Krao.

—¿De mí?

—Sí. Tú conoces el nombre de vuestro nuevo planeta. Sé que lo llamáis Virgen. Este es un nombre genérico que no sirve. Lo único que sé es que está fuera de la órbita en que nos movemos. En una galaxia virgen. Quiero conocer su emplazamiento.

—Nos comunicamos a través de un mensajero. Sólo ese mensajero conoce el destino —Krao trataba de ganar tiempo mientras su cuerpo transpiraba por el horror que sentía ante las circunstancias que le tocaba vivir.

Si se negaba a hablar iba a morir, pero su muerte no sería inútil porque existía la posibilidad de que el resto de las naves llegaran a su destino. Varias de ellas —según los últimos datos— habían sido ya advertidas del rumbo a través del mensajero MK, único superviviente de los seis que en su momento lanzaron desde Arystel antes de que éste fuera convertido en polvo cósmico.

Pero lo que Krao temía realmente era la suerte que iba a correr Ilma. Acababan de torturarla y Yakobs no vacilaría en seguir implacable si no conseguía la información.

—¿A qué esperas para reunir ésas naves, Krao? Hazlo si no quieres que reanime a Ilma y vaya terminando con ella poco a poco, sin dejar que se desvanezca, hasta que me suplique que la mate, y ni aun así la complaceré, y tú serás testigo, Krao, y después correrás la misma suerte... —Ahora la voz de Yakobs había bajado el tono y se mostraba persuasiva, pero segura a la vez, el sonido metálico que salía de su garganta por sí sólo ya bastaba para inspirar el terror al más valiente.

—No, No reuniré esas naves —afirmó Krao sin apenas despegar los labios.

—Pobre imbécil. Te estaba dando una oportunidad. Cualquiera en tu nave puede hacerlo. Incluso yo mismo. Mi cerebro me dará vuestra frecuencia de onda.

Krao, que ya había pensado en aquello, se dijo a sí mismo que la única oportunidad para salir de aquella situación era ganar tiempo. Por eso fingió un desmayo y cayó a los pies de Yakobs.

El dictador le miró con desprecio y murmuró:

—Es un maldito cobarde. La sola idea del dolor físico le ha hecho desvanecer. Encerradlos a los dos. Pero por separado. Y tended el puente. Me ocuparé personalmente de transmitir a las otras naves. Voy a comunicar con el cerebro.

Momentos después en la sala de control de la superfortaleza, Yakobs accionaba unos mandos pidiendo detalles al cerebro. A los pocos momentos obtuvo la respuesta a través de la pantalla.

Dirigiéndose a ACCION, el dictador le dio instrucciones,

—Ya tenemos la frecuencia de onda. Ocúpate tú mismo de transmitir desde la Omega II. Reúne a todas las naves en ese sector.

—¿Terminaremos con ellas a la vez? —inquirió ACCION con una malévola sonrisa.

—¿Tú qué crees?

—Sí. Así no tendremos que ir de un lado para otro. Será más fácil, pero nos queda aún por averiguar el nombre de ese planeta virgen.

—Eso no me preocupa. Alguien hablará.

—Esa gente es muy terca, Yakobs.

—Pero aman la vida y con la promesa de respetársela conseguiremos cuanto queramos. ¿Sabes? Ese planeta virgen debe de ser un lugar magnífico. El viejo Klaton era un tipo astuto. Sabía elegir bien… Quiero ese lugar para mí.

—Todos los habitáculos llegarán a ser tuyos, Yakobs —replicó ACCION.

De eso no te quepa duda. Seré el absoluto jefe de todos los planetas y planetoides. No habrá nada que se mueva en la Galaxia que no esté bajo mi control.

Poco después ACCION transmitía por la frecuencia de onda de los Omega, recomendando una concentración de naves en aquel punto preciso de las coordenadas donde se encontraba la superfortaleza de Yakobs.

Cada una de las fortalezas Omega dio el mensaje por recibido y los respectivos jefes anunciaron el cambio de ruta.

Cuando el dictador fue enterado por ACCION sonrió, satisfecho.

Pero…

CAPÍTULO IX

Pero Yakobs ignoraba que a través de la frecuencia abierta en el bólido de Junior Klaton, pudo oír aquella transmisión que la pantalla correspondiente transmitió a base de signos que la minicomputadora de la nave descifró instantáneamente.

Borel.. atento a las señales, captó también lo que la pantalla estaba transmitiendo y mostró su perplejidad.

—Eso es incomprensible, Junior. Algo, imprevisto debe de estar ocurriendo.

Junior seguía el rumbo salvando los últimos obstáculos de hielo. No replicó, pero Borel insistió en la necesidad de conocer una explicación.

—Tenemos que arriesgarnos, Junior. Como dijiste, entre el Hielo no podrán detectarnos.

—No establezcas contacto, Borel,

—Dejaste la frecuencia abierta. Dijiste que había interferencia. Y, sin embargo, ahora.

—Borel, antes no quise alarmarte, pero realmente está sucediendo algo que sólo podemos solucionar nosotros desde aquí.

—No te entiendo.

—No sé exactamente lo que ocurre en estos instantes, pero puedo asegurarte que la Omega II está en poder de Yakobs.

—¡No es posible!

—Lo es. Es mejor que lo sepas. Krao *y* tu hija son rehenes del dictador.

—¿Cómo lo sabes?

—Krao grabó un mensaje antes de ser capturado, Yakobs ha hecho estallar dos de nuestras fortalezas,

—¡Asesino! Y mi hija..,

—La salvaremos, Borel,

—¿Cómo?

—Destruyendo el cerebro, Yakobs va a bordo de su superfortaleza. Es imbatible porque posee la fuerza que emana del cerebro que ahora vamos a destruir.

—¿Y si fracasamos?

—Entonces ya nada podrá salvar a nuestro pueblo,

—¡Oh, no!

—Borel, Procura tomar las cosas como son. No te dejes vencer por el pesimismo, piensa con la cabeza. Mi padre, en los momentos difíciles, era cuando más sosegado estaba, El decía siempre que únicamente perdiendo la calma se fracasa.

—Lo sé, Junior, y siento que por un momento te haya parecido que desfalleciera. En realidad, debería ser yo quien te diera buenos consejos. Creo que… realmente eres un digno sucesor de tu padre, pero no tendrás queja de mí. Te lo aseguro,

—Borel —continuó el joven suavemente—. Esa llamada de reunión a todas nuestras naves no hay duda de que se trata de una trampa.

—Sí. Lo comprendo.

—Yakobs quiere aniquilarlas toda a la vez. Ante el temor a la muerte conseguirá que alguien le descubra el paradero de nuestro planeta virgen.

Borel asintió.

—Lo tenemos todo perdido porque sus fuerzas son superiores, pero no podemos darnos por derrotados dé antemano. La solución está… ahí.

Y en ese momento frente a la transparente bóveda de la carlinga apareció, con toda la luminosidad, la base de Kreckton, lejana aún, pero relativamente al alcance de los dos hombres.

Los hielos habían quedado atrás y ellos seguían avanzando, pero a partir de este momento un importante peligro se cerniría sobre los dos hombres.

Y el peligro comenzó a dar señales de su existencia. Los detectores del cerebro comenzaron a funcionar indicando el punto exacto donde se hallaba el objeto ajeno , al planeta Kreckton.

—Ya nos han localizado —dijo Borel, observando los potentes focos que barrían la oscuridad de la noche krecktoniana.

—Avanzaremos todo lo que nos sea posible. Luego, cuando pongamos los pies en el suelo, tendremos que utilizar la cabeza para conseguir llegar hasta la central.

Borel estaba a punto de expresar su pensamiento. Aquello le parecía algo tan lejano a la realidad que ni remotamente se imaginaba dentro de aquel complejo que constituía el santuario del dictador.

A todo gas, Junior lanzó la nave hasta las proximidades de la Central cuando uno de los focos detectó su presencia.

—Ha llegado la hora de salir. Recoge la mochila, todo puede hacernos falta.

—Estoy dispuesto —repuso Borel.

Saltaron sobre el suelo compuesto de una lisa masa rocosa. El zumbido de varios bólidos volando a ras de suelo le indicaron la proximidad de sus enemigos.

En la central el servidor del cerebro comunicaba a COORDINACION:

—Son sólo dos sujetos. Se trata de gente de Arystel. Deben ser un par de chiflados. ¿Qué pueden pretender dos hombres solos?

Pero COORDINACION no parecía estar demasiado seguro de que se tratasen de un par de chiflados y así lo hizo saber a DEFENSA.

—De momento han conseguido burla la barrera de glaciares.

DEFENSA se sintió más optimista.

—Eso carece de importancia. Ahora les tenemos a nuestro alcance. A cada momento conocemos su situación exacta. Diez bólidos han salido en pos de ellos. No tardaremos en recibir la noticia de que los intrusos ya han sido capturados.

Pero de momento, Borel y Junior Klaton se hallaban refugiados en las ruinas de lo que en tiempos había formado parte de una vieja población.

Ocultos entre rocosas paredes vieron cómo los ocupantes de dos de los bólidos saltaban a escasa distancia de su camuflaje. Eran cuatro hombres en total, armados de sus clásicos tubos lanzarrayos.

Klaton hizo una seña a Borel *y* se alejó tanteando la pared Hasta situarse en otro punto en el interior de las mismas ruinas.

Los cuatro hombres se repartieron por parejas con intención de rodear aquellas viejas piedras.

Junior aguardaba la proximidad de los que se dirigían hacia su lado. Quería que estuvieran lo suficientemente cerca para poner en práctica el plan que había urdido con urgencia y que llevaría a cabo con la ayuda de Borel.

Los dos krecktonianos estaban ya a escasos pasos de la entrada a las ruinas.

Junior pensó que era el momento adecuado y gritó:

—¡Ahora!

Salió, dejando que la luz de de los faros de los bólidos diera en su persona.

Los krecktonianos gritaron para darle el alto, al tiempo que salían en pos de él.

Junior había entrado de nuevo en la zona oscura, mientras sus perseguidores, sin darse cuenta, Se habían puesto a tiro de las armas de Borel que, sin dudarlo, las utilizó.

Los impactos acabaron con los perseguidores de Junior que rodaron por el suelo paralizados por tiempo indefinido.

El arma utilizada por Borel era silenciosa, por lo que los compañeros del otro bólido no habían podido captar el menor ruido, a

excepción del grito de Junior que esta vez se había colocado en la parte trasera de las ruinas.

El juego se repitió a la inversa. Fue, Borel quien salió al descampado para llamar la atención a la nueva pareja de vigilantes krecktonianos.

Cuando éstos avistaron al intruso corrieron tras él disparando sus tubos.

Los rayos, pasaron muy cerca del cuerpo de Borel, pero ya Junior Klaton habían entrado en acción con su arma silenciosa y el par de sujetos que habían disparado primero cayeron paralizados.

—¡Vamos! —exclamó Junior corriendo hacia uno de los bólidos —. Seguiremos con el plan.

Entretanto el zumbido de otros bólidos rompía el silencio de la zona.

Ráfagas de poderosa luz batían aquella parte del terreno, mientras los bólidos en vuelo rasante batían el lugar.

Junior Klaton, a bordo de uno de aquellos bólidos, en la oscuridad se confundía con cualquiera de los krecktonianos que naturalmente ignoraban lo ocurrido.

Borel había tomado el otro bólido y seguía la misma ruta que su joven jefe si bien dando pequeños círculos para confundirse con los vigilantes del planeta.

Junior sonrió al pensar en lo relativamente fácil que había resultado la estrategia, pero ahora faltaba la parte más difícil. Introducirse en la central.

Detuvo el vehículo en una zona oscura, pero muy próxima a la luminosa central. Borel se reunió con él a los pocos instantes. Ambos habían apagado las potentes luces de sus reflectores y observaban la entrada principal de la base.

—Hay dos vigilantes, pero los bólidos entran y salen sin detenerse —dijo Borel.

Los ojos dé Junior Klaton se habían detenido en una torreta metálica.

—Lo más peligroso es aquello. La torre de detección.

—Entrar no va a ser fácil.

—Mira, Borel, Esos vehículos tienen una carlinga móvil. Cierra herméticamente. No sabemos si el cerebro que está en esta base puede detectar a las personas, pero lo que sí es seguro porque es ley de general conocimiento es que no se puede detectar nada que se halle herméticamente cerrado, por lo tanto sólo tenemos que meternos dentro de los bólidos y cerrar las carlingas. El cerebro sólo detectará un vehículo krecktoniano, pero no a la persona que lo conduce.

Borel asintió.

—De cualquier forma ya estamos aquí y hemos de correr el riesgo —añadió Junior.

—Sí, muchacho. ¡Oh, perdón! ¡Sí, jefe! Estamos aquí y que sea lo que nuestro destino nos tenga reservado,

—Vamos a meternos ahí dentro como una exhalación. Nadie se va a extrañar, fíjate.

En aquellos instantes una verdadera flota de bólidos biplaza salían a todo gas, oíros llegaban.

Borel presumió:

—Creo entender que son patrullas de guardia.

—Algo por el estilo. ¿Preparado?

—Cuando quieras.

Cerraron cuidadosamente las respectivas carlingas y Junior Klaton dio gas a fondo tomando la delantera.

A medida que se aproximaba a la entrada de la central no podía evitar una extraña emoción. Se estaba metiendo en las fauces de su peor enemigo y casi toda la base le andaba buscando, y él estaba allí, cada vez más cerca, más cerca.

¿Qué ocurriría una vez dentro?

Pero su pensamiento estaba puesto en su pueblo. En las víctimas. producidas por aquel malvado dictador, per la imagen de Ilma a merced de aquel ser abominable que se creía invencible.

Y para sus adentros Junior se dijo:

«No. No eres invencible. Tengo que demostrar que no lo eres.»

Pero entretanto...

* * *

Entretanto las Omega seguían directas a la trampa. Desde la sala de control de la superfortaleza Yakobs podía seguir a través de los detectores la trayectoria de las Omega, 197 naves equivalían a otros tantos puntitos luminosos en ruta hacia la zona donde él se encontraba.

Sonrió satisfecho mientras comentaba con ACCION:

—Dentro de muy poco todo habrá terminado.

—Sí, Yakobs. Esto tenía que ocurrir. Como tú has dicho siempre somos invencibles.

—¿Es que lo dudaste alguna vez?

—Oh, no, Yakobs...

—Desde ahora voy a suprimir la sección de DEFENSA. Es algo del todo inútil. Los krecktonianos no necesitaremos defendernos jamás.

—Tienes toda la razón, Yakobs. A propósito. No tiene sentido retener a esos prisioneros. Podemos acabar con ellos, a menos que creas que el profesor Krao pueda servirte de algo.

—¿Krao? Mi cerebro es superior a todos sus conocimientos. Tráelo aquí. Cuando lleguen las naves haré que lo eliminen delante de todos. Esto les impresionará y cualquiera de los jefecillos no vacilará en facilitarme el emplazamiento del planeta Virgen.

—Muy bien, Yakobs. Voy a buscar al profesor.

—¿Y la chica?

—Déjala de momento. Ya idearé algo más refinado para ella. Es

una Borel y merece algo especial. Por cierto. Localízame a Borel. El cerebro debe de conocer su paradero.

—Voy a cumplir tus encargos —repuso sumiso ACCION.

En la pantalla los puntitos luminosos se estaban aproximando a la trampa. Tal como había predicho el rastrero ACCION, dentro de muy poco todo habría terminado.

* * *

Para Junior y Borel todo estaba empezando.

La puerta de entrada a la central estaba allí mismo, con sus dos guardianes de aspecto aburrido. Por el intercomunicador del bólido, tanto Junior como Borel escuchaban las órdenes respecto a la búsqueda de los intrusos.

Una voz anunciaba el hallazgo de cuatro krecktonianos fuera de combate.

—Están cerca de las ruinas, pero no existe el menor rastro de los intrusos—decía la voz informante.

—¿Y los bólidos? —preguntó una voz.

—Deben estar por ahí.

— Búsquenlos. Cabe la posibilidad de que sean utilizados por los intrusos.

Borel sintió el mismo escalofrío que Junior Klaton. Si sospechaban que «los intrusos» habían tomado los bólidos, éstos serían registrados concienzudamente. Pero ya estaban allí y tenían que seguir.

Junior se hallaba ya ante la puerta que cruzó como una exhalación, Borel le seguía a escasa distancia. Los guardianes no les hicieron el menor caso, pero en estos momentos lo más importante era dirigirse al depósito donde aquel tipo de vehículos tenían su aparcamiento o hangar.

Junior observó que a poca distancia, más allá de la torre detectora, se iniciaba una rampa. Un par de bólidos salieron a todo gas del interior.

«Allí», pensó y sin aminorar la marcha se lanzó hacia la rampa, dejando que las ruedas del vehículo tocaran al suelo; Era el sistema que utilizaban los nativos, una vez dentro del recinto de la base permutaban el vuelo rasante por el deslizamiento efectivo sobre, el piso liso.

Al llegar a la rampa, Junior observó que ésta era de una gran longitud adentrándose hacia las profundidades. Sólo la enorme velocidad compensaba aquel gran trecho que era necesario correr.

Cuando el ancho sendero subterráneo y perfecto iluminado tocó a su fin se hallaron en una sala inmensa donde a simple vista podían contarse centenares de bólidos.

Era evidente que faltaban muchos, pero cada cual tenía su plaza de acuerdo con las siglas que llevaba pintadas en su exterior.

Junior no había contado con ello y ahora lamentaba no haberse fijado en cuáles eran sus siglas.

Dieron un rodeo por aquel inmenso hangar mientras una voz metálica que no supieron de dónde salía indicaba:

—Iota II y Iota IV. A sus puestos.

Borel, al lado de Junior, encerrado en el bólido, podía ver perfectamente el distintivo del bólido de su compañero y con los dedos le indicó el número dos.

Junior, por su parte, observó el IV, inscrito al costado del bólido de Borel y se lo indicó igualmente con la mano.

Iota II y IV eran ellos.

Sólo bastaba fijarse en el suelo donde estaban marcadas las siglas que indicaban el lugar exacto de colocación de cada bólido.

Junior y Borel seguían por la misma línea hasta encontrar sus respectivos puestos.

Saltaron de los bólidos quedando algo más aparta dos que otros vigilantes que al igual que ellos acababan de llegar.

Los vigilantes dejaban abiertas las carlingas y se quitaban los respectivos cascos que dejaban dentro de los bólidos.

Junior, agachado junto a Borel, murmuró con un suspiro de alivio

—Menos mal que no llevan uniforme. Es extraño, pero eso nos favorece.

—Sí. Nuestras ropas son bastante similares. Creo que podremos pasar inadvertidos.

Una voz resonó por todo el impresionante ámbito para dar una orden.

—Todos los vigilantes que hayan terminado su servicio que se reúnan en la sala de emergencias. Todos los vigilantes que hayan terminado su servicio...

—Tenemos que buscar alguna salida —dijo Junior—, Pero cuidado con dejarnos ver.

Borel asintió y siempre agazapados recorrieron una larga hilera de bólidos, hasta que Borel con un ademán indicó una salida, o mejor, una entrada hacia el interior.

Comprobado de que no había nadie cerca de ellos que pudiera descubrir su presencia, los dos hombres corrieron hacia la puerta para encontrarse dentro de un largo e iluminado corredor, con puertas a arribos lados.

Guardianes de uniforme y otros hombres con trajes más o menos corrientes iban de un lado y, a otro con evidente prisa. Allí todo el inundo parecía tener trabajo.

Algunos pequeños bólidos uniplaza se deslizaban raudos, deteniéndose delante de alguna de aquellas puertas que automáticamente se desplazaban hacia un lado. El bólido y su ocupante desaparecían hacia el interior y el panel volvía a correrse.

Junior y Borel cambiaron una mirada ante .la proximidad de un rígido guardián armado con un tubo.

Pasaron ante él con la misma rapidez que mostraban los distintos viandantes de aquella dependencia.

No ocurrió nada.

En mitad del corredor, se encontraron con otro pasillo que atravesaba transversalmente el subterráneo.

No podían dudar respecto a la dirección a tomar puesto que allí todo el mundo parecía saber exactamente dónde iba.

Optaron por tomar la parte de la derecha, pero se encontraron en seguida con una puerta metálica, acorazada, que les cerraba el paso.

—Algo importante debe haber ahí dentro que está tan bien custodiado —murmuró Junior.

Borel indicó con un movimiento que se aproximaban un par de individuos que se encaminaron directamente a la puerta.

Uno de ellos sacó una chapa metálica y la introdujo en una ranura. La puerta emitió un gruñido y basculó silenciosamente hasta dejar franca la entrada.

Junior y Borel observaron una inmensa sala azulada en cuyo interior podían verse otras puertas igualmente acorazadas.

Junior tomó la delantera para introducirse en el interior, seguido siempre de Borel.

—¡Eh!—dijo entonces el individuo que había metido la placa en la ranura—. ¿Dónde vais vosotros?

Junior respondió sin vacilar.

—Inspección del cerebro. Ordenes directas de Yakobs.

El individuo volvió sobre sus pasos y se encaró a Junior Klaton al que miró de píes a cabeza. Luego soltó:

—¿Qué tontería es ésa? Yakobs jamás dejaría pasar sin placa a nadie que se dirigiera a la sala del cerebro. ¿Quién sois vosotros?

—Ya te lo he dicho. Especialistas. Nadie nos habló de las placas. Puedes preguntarlo a Yakobs si no te fías.

—Conque lo pregunte a Yakobs, ¿eh? ¿Sabes quién soy yo?

Junior negó con una sonrisa que pretendía ser ingenua.

—No. Soy nuevo. Somos nuevos los dos.

—Ya —burlóse el krecktoniano—, recién salido de la escuela de especialistas.

—Eso es —Junior aumentó su sonrisa, pero el otro hizo que se le cortara en seco su naciente, optimismo.

—Aquí no hay ninguna escuela de especialistas. ¡Zero, ocúpate de ellos!

Hasta aquel momento no habían advertido que el compañero de quien introdujo la placa era un individuo que bajo una apariencia normal ocultaba una mirada maligna. Sus ojillos asesinos relucieron al dirigirlos hacia Junior y Borel. Aquel tipo avanzó sus manos hacia los dos compañeros. En realidad no eran dedos lo que surgían del extremo de sus brazos sino garfios metálicos.

Un tipo extraño y sanguinario del que sólo podía esperarse un ataque con escasas, posibilidades de defensa.

Entretanto la puerta basculante se estaba cerrando a sus espaldas y el otro individuo introducía su tarjeta en la ranura de una de las tres puertas de la sala.

Junior se apartó de su enemigo y sacó su tubo de rayos. El arma silenciosa actuó primero contra el tipo que iba a cruzar el umbral de la otra puerta, después se volvió hacia aquella especie de monstruo mitad humanoide y mitad metal para fulminarle.

Los rayos paralizaron al agresor que tras dar una vuelta cayó sin doblar las rodillas.

Junior lanzó un silbido mientras corría hacia el otro en el momento en que se abría la puerta.

Aquello no era ni más ni menos que un despacho. Antes de entrar Junior sacó la placa metálica de la ranura e hizo una seña a Borel.

Tras ellos se cerró la puerta.

—Este debía ser un jefazo y esta sala su lugar de trabajo. Bien, Borel, algo hemos ganado. Tenemos una placa que nos abrirá muchas puertas y veamos lo que hay aquí.

En breve ojeada observaron el tablero con diversos botones, la minicomputadora y un panel con diversas pantallas.

Borel pulsó unos botones y cuatro pantallas se iluminaron. En una de ellas pudieron observar la entrada de la base con el constante entrar y salir de bólidos.

En otro una reunión de vigilantes. Borel dio sonido, y una voz decía así...

—...Por ello es necesario que todos los que se hallen disponibles salgan á la búsqueda de los intrusos. ¡Un momento! —la voz calló para continuar al cabo de unos instantes—. ¡Han aparecido los bólidos Iota II y Iota IV. Eran los de vuestros compañeros y ahora están en los hangares. Esto sólo puede significar que los intrusos se hallan en la central...

En la tercera pantalla, alguien estaba transmitiendo una orden.

—Atención a toda la guardia. Los dos intrusos están dentro de la central. Pidan identificación a todos. Repito...

Junior iba a decir algo, pero la visión de la cuarta pantalla le quitó el habla, pero no de pavor, sino de contento.

La imagen reflejada en pantalla era la sala del cerebro.

—Ahora sólo falta encontrar el camino que nos conduzca hasta allí.

Y Borel añadió:

—Y luego habrá que salir. Creo que todo Kreckton nos está buscando...

—Saldremos —aseguró Junior con su habitual optimismo.

* * *

Las ciento noventa y siete naves se habían reunido ya en torno a la superfortaleza de Yakobs.

Ninguno de sus jefes comprendía demasiado bien lo que ocurría,

pero ya era tarde para poder actuar. Todas se hallaban paralizadas. La fuerza magnética mantenía aquella inmensa flota a su completa voluntad.

Yakobs desde la sala de la bóveda contemplaba con orgullo su éxito personal.

ACCION, que había tardado bastante, llegó con el desaliento reflejado en su semblante. Llevaba consigo a Krao al que empujó ante Yakobs.

—Ahí tienes al profesor, pero tengo que darte una mala noticia.

—¿Una mala noticia? —sonrió Yakobs—, Mira esto. ¿Crees que puedo pensar en malas noticias? Todas las naves de Arystel están ahí. Puedo fulminarlas en un instante.

—Es necesario que me escuches, Yakobs —insistió ACCION con un hilo de voz.

—Bueno. ¿Qué pasa?

—Alguien se ha introducido en nuestra central... —soltó ACCION.

Yakobs se volvió lentamente y avanzó amenazador hacia el que acababa de facilitarle la noticia.

—Repite esto —masculló.

—Dos hombres. Les están buscando...

Mientras Yakobs cerraba los puños sin poder reprimir su cólera, Krao sonreía.

¡Lo habían conseguido! Krao sabía quiénes eran aquel par de hombres y el deseo que ahora expresaba de pensamiento con todo su corazón era que lograran realizar su objetivo.

Yakobs pedía sus nombres, pero ACCION no podía facilitárselos,

—Nadie sabe nada, únicamente que han conseguido infiltrarse. Los están buscando,

—Está bien —dijo lentamente el dictador—. Uno de esos hombres es Borel. Lo presiento. Voy a transmitirle una noticia. Luego me ocuparé de Krao. Ve en busca de Ilma. ¡Vamos, de prisa!

Yakobs, firme el paso y llameantes sus ojos de furor, se dirigió hacia el departamento contiguo donde de viva voz transmitió el siguiente mensaje:

—A Borel si puede escucharme. Yakobs habla a Borel. Sé que estás en la central, pero no saldrás vivo de ahí, ni tú ni quien te acompaña, pero estés donde estés oirás el grito de tu hija cuando acabe con ella con la más dolorosa de las muertes. Tú sabes lo que, es el rayo destructor. No mata, quema lentamente y mantiene vivos los sentidos. Tú sabes que yo poseo ese rayo, Borel. Pues escúchame bien, lo voy a utilizar contra tu propia hija, a menos que te entregues inmediatamente... —Y después de hablar tecleó un mensaje advirtiendo que sus palabras fueran repetidas continuamente en todas las zonas y compartimientos de la base.

Cuando la voz de Yakobs con la terrible amenaza llegó a oídos de Borel éste cerró los puños impotentes y masculló.

—El muy canalla cumplirá sus amenazas. Lo sé.

CAPÍTULO X

Ilma que apenas se había recuperado de la tortura de que había sido objeto fue colocada sobre una plataforma ante unas cámaras. Una luz cegadora inundaba todo su cuerpo.

Yakobs anunció de viva voz:

—Todos serán testigos de lo que voy a hacer a esta mujer. Todos

los viajeros de las naves podrán presenciar mis métodos. Les aseguro que será muy instructivo.

ACCION estaba dando prisa a los hombres que conectaban el tubo a los conductos correspondientes.

—¿Está todo dispuesto? —inquirió Yakobs.

—Un momento. Es sólo un momento —repuso ACCION.

Un momento tan sólo para que empezara la más terrible de las torturas, quemar lentamente un cuerpo sin que éste pierda el sentido de la realidad. El sufrimiento llevado hasta el último instante, hasta el último soplo de vida.

ACCION probó el rayo dirigiéndolo hacia una plancha metálica que instantáneamente se puso al rojo.

—Creo que funciona —murmuró—. Pero asegurad bien los conductos.

Los servidores hicieron las últimas comprobaciones.

Entretanto Junior, comprendiendo la emergencia, decidió actuar por la vía más rápida. Había pulsado uno de los botones de mando. Esperaba la llegada de uno de los servidores del jefazo, cuyo puesto ocupaba.

Previamente había salido a la antesala para retirar los cuerpos que habían dejado tendidos. Ahora ambos se hallaban ocultos en un rincón del despacho.

El servidor que esperaban no se hizo esperar, pero apenas cruzó la puerta basculante del despacho comprobó que no se hallaba ante el titular. Quiso retroceder, pero Borel le estaba encañonando con su tubo.

Fue Junior quien le habló sin ambages.

—Vas a conducirnos hasta la sala del cerebro. En seguida.

El otro vaciló, reculó, dudó negando con la cabeza.

—Elige. Esto o la muerte.

—Yakobs me torturará —repuso el krecktoniano.

—Yakobs ya no podrá torturar a nadie más. De todos modos puedes elegir, porque aunque tenga que eliminaros uno por uno conseguiré llegar hasta el cerebro.

El hombre, ante el peligro que se cernía sobre él, hizo un movimiento afirmativo. Luego con la cabeza indicó el fondo de la sala.

—Habla claro. ¿Qué quieres decir? —espetó Borel que era a fin de cuentas quien más prisa tenía por salvar la vida de su hijo.

—El cuarto botón. El rojo. Mueve el panel de la pared. Hay un corredor. Tienen que seguir por él.

Junior pulsó el botón rojo, pero lo que ocurrió entonces fue que un zumbido intermitente dio la alarma general.

—¡Maldito sea! ¡Nos ha mentido! —Y Borel, sin poderse contener, le fulminó.

—¡Hay que salir de aquí! —gritó Junior—. Ahora todo el mundo sabrá dónde estamos.

Corrieron hacia la puerta y la placa metálica de Junior Klaton le sirvió para introducirse en otro despacho.

Tal como habían supuesto el despacho que habían estado ocupando segundos antes se llenó de guardianes. Alguien gritó:

—Busquen en el despacho de Sinkon. No pueden andar lejos.

El despacho en que se hallaban ahora estaba ocupado por un tipo fornido que estaba efectuando unas comprobaciones. El hombre, al verse encañonado, se levantó separando los brazos del cuerpo,

—Ustedes… son los que buscan… ¿Qué quieren?

—El cerebro, ¿Dónde está la sala del cerebro? Condúcenos a ella. Respondes con la vida. —Era Junior quien hablaba con toda su dureza, mientras Borel apuntaba también al hombre.

Entretanto en la superfortaleza, ACCION, tras tener la absoluta seguridad de que su jefe no podría reprocharle un solo fallo avanzó con el tubo del que surgiría el rayo capaz de matar tan lentamente; como quisiera el ejecutor.

—Ya está, Yakobs —anunció.

Sólo faltaba transportar el pupitre portátil donde un par de sencillos mandos graduarían la salida del rayo.

Y en la central...

El krecktoniano que habían capturado, más miedoso les indicó una puerta lateral.

—Tú irás delante y piensa que no vacilaremos en acabar contigo —advirtió Borel.

—No lo hagan. De todos modos no conseguirán nada.

—Sigue y calla.

El individuo, mediante su propia placa, franqueó la entrada guiándoles a través de un pasadizo interior. Borel soltó un rayo para intimidar al hombre. La cegadora luz del, silencioso impacto iluminó el corredor de mediana longitud.

—Tendremos que cruzar una zona muy concurrida —advirtió el krecktoniano.

—Llevaremos las armas ocultas, pero no olvides que seguiremos apuntándote —recordó Junior.

Y Borel añadió:

—¡Y date prisa! No nos queda mucho tiempo...

Por los altavoces se iba repitiendo la voz de Yakobs con su corto parlamento sobre el inmediato y cruel destino de Urna, aquellas palabras enervaban a Borel.

En la nave...

ACCION arrastró el pequeño pupitre deslizante hasta situarlo al alcance de su amo. Ya sólo faltaba apretar el botón y dirigir el tubo hacia cualquier parte del desnudo cuerpo de Ilma que permanecía inmóvil sobre la plataforma magnética. De cualquier modo aceptaba la muerte con arrogancia para dar ejemplo de una raza que tal vez el dictador lograra extinguir, pero jamás llegaría a dominar.

Sí. Sólo faltaba apretar el botón.

En la central...

El krecktoniano que precedía a los dos hombres de Arystel había llegado a la antesala del cerebro. Cómo había indicado previamente allí se movían los que merecían mayor confianza a Yakobs, con textos para descifrar, copias de la computadora y toda clase de datos que había que someter a control.

Junior y Borel ocultaron sus armas en los respectivos macutos.

La entrada de aquel individuo sólo mereció algunos saludos por parte de los atareados servidores. Alguno se fijó en el par de tipos —Junior y Borel—, pero sin hacerles especial caso.

El krecktoniano se volvió un momento y se encontró con la mirada de Borel que le indicaba al macuto cuya mano escondía en su interior.

Tras aquella antesala se hallaba la inmensa estancia donde el cerebro automático más importado creado jamás por el ingenio humanoide permanecía estático con su imponente mole metálica. Sus memorizadores funcionaban sin cesar y las múltiples pantallas de los paneles emitían signos, símbolos, traducían claves, daban consignas o advertían de peligros.

En aquellos instantes en una de las pantallas fue anunciado lo que la computadora traduciría como:

PELIGRO INMEDIATO. LOS INSTRUSOS ESTAN AQUI. QUIEREN DESTRUIRME.

En la superfortaleza, la diestra de Yakobs apuntó con el tubo el cuerpo de la hija de Borel.

Apretó el botón y surgió el rayo.

Sin embargo, antes de pulsar el contacto había desviado el fuego letal ligeramente para que el rayo alcanzara la placa metálica de la pared a muy escasa distancia de la cabeza de Ilma.

—Ha llegado el momento —dijo Yakobs y parecía complacerse en prolongar la agonía de aquella muchacha que inmóvil aguardaba su irremediable destino.

En la central, el servidor que cuidaba de pasar los mensajes a la computadora quedó helado al leer aquello:

PELIGRO INMEDIATO. LOS INTRUSOS ESTAN AQUI. QUIEREN

DESTRUIRME.

Se volvió hacia el hombre que acababa de entrar, fijó su atención en Borel y en Junior y gritó:

—¡Son ellos!

Las armas de los de Arystel no vacilaron en vomitar fuego y el servidor del cerebro quedó abatido allí mismo.

Los de la antesala sacaron sus respectivas armas y entraron disparando, pero los dos intrépidos compañeros de aquella aventura se habían parapetado tras de un par de mesas y abrían fuego dominando por completo la situación.

Pero si los disparos de los de Arystel eran silenciosos no lo eran los de los krecktonianos y los estampidos llegaron pronto a oídos de la guardia que se apresuró a averiguar el motivo de aquel alboroto.

Junior a gatas corrió a ocupar una posición más ventajosa, mientras Borel gritaba:

—Cúbreme mientras yo acabo con esto —y señaló el cerebro.

—De acuerdo, Borel. Dispara sobre los objetivos luminosos, cada blanco significa un millón de células muertas!

Eran muchos los blancos, pero Borel necesitaba destruir aquella fuente de energía. Sólo cuando aquel cerebro dejara de transmitir su inagotable energía su hija estaría a salvo y con ella el resto de los hermanos de Arystel.

Junior abatió a los últimos que trataban de atacar y corrió a cerrar la puerta. Mientras no acudieran los krecktonianos ayudaría a Borel en la destrucción del cerebro.

Los rayos fulminantes apagaban una y otra vez los puntos de luz, mientras el cerebro parecía gemir como si de un humanoide se tratara, pero aún le quedaba vida abundante.

Junior señaló un punto.

—Allí.

Había dado con una de las fases de la producción de energía.

Y en aquel instante en la superfortaleza…

Yakobs encañonó decididamente a Ilma para comenzar el tormento.

Pulsó el botón, pero no surgió ningún rayo.

—¿Qué pasa aquí?

Un servidor de la sala de control entró en aquellos momentos con una noticia alarmante.

—El receptor ha dejado de emitir. No recibimos señal de la base.

Yakobs lanzó el tubo y ordenó a los suyos.

—Que no escape —y fue a comprobar personalmente lo que estaba ocurriendo.

En aquel momento las luces de la Super Kreck oscilaron intermitentemente.

Yakobs cerró los puños. ACCION corría a su lado preguntando temeroso:

—¿A qué puede deberse eso?

—¿Y cómo quieres que lo sepa, estúpido?

—Acaso Borel...

—¡No me lo nombres siquiera! —estalló Yakobs.

En la central los guardianes trataban de fulminar la puerta tras la cual Junior Klaton y Borel seguían abatiendo al cerebro.

Los centenares de luces se iban apagando una a una a velocidad vertiginosa. Más de la mitad de las pantallas habían oscurecido y los zumbidos de las transmisiones apenas llegaban ya. El cerebro estaba viviendo sus últimos momentos. En su interior olía a quemado. Se produjo primero un cortocircuito y después otros en cadena. Las llamas surgieron de aquel entramado de cables y algo estalló.

Desde afuera los guardianes seguían intentando abrir la puerta. Junior le ayudó desde el interior, puesto que no había otra salida, .

Parapetados detrás de unos, paneles, los hombres de Arystel vieron cómo los guardianes se precipitaban al interior en el momento que una tremenda explosión arrancaba un considerable trozo de aquel

cerebro metálico que era la base de la fortaleza de Kreckton.

Horrorizados, los vigilantes se echaron atrás atropellándose unos a otros.

Junior salió abriéndose paso con un arma en cada mano.

—¡Cuidado, debes cubrirte! —le previno Borel.

—Esas armas pronto no les servirán de nada. Sin el cerebro durarán tanto como su propia autonomía..

Y Junior tenía razón. Porque muchos de los guardianes comprobaron que sus armas habían enmudecido, ya no servían para nada, y mientras tanto continuaban los estallidos. El fuego había pasado de la sala del cerebro a tas dependencias contiguas. El olor insoportable de un humo amarillento hacía huir a los servidores de la central hacía el exterior.

Las dependencias, sin el aire graduable, pronto se convirtieron en lugares irrespirables, y en medio de la barahúnda, Junior y Borel corrían por el hangar.

—Tomemos un par de bólidos.

—¿Crees que tendrán autonomía? —inquirió Borel.

—Por lo menos nos aproximaremos a la nave. Es necesario transmitir un mensaje urgente;

Todo había quedado a oscuras. La gente de la central ya se había olvidado de los intrusos, ahora lo importante era salvar la piel, huir de aquel tremendo incendio que amenazaba con hacer estallar aquel inmenso subterráneo.

Los bólidos de los dos hombres de Arystel consiguieron llegar hasta cerca de aquellas ruinas donde aún permanecía camuflada su nave...

Sí. La operación había terminado felizmente, pero no así el peligro para los que aún estaban a merced de Yakobs.

* * *

Desde el aire, a mucha distancia de Kreckton Junior Klaton señaló el planeta que acababan de dejar. Las explosiones eh cadena de la base convirtieron aquella zona en un volcán. El fuego y los cascotes reemplazaban a la lava. Dentro de poco no quedaría absolutamente nada de todo aquello en que un dictador basaba todo su poder.

—Ahora hemos de darnos, prisa —dijo Junior.

Poco antes había transmitido un mensaje común a todas las fortalezas Omega:

—Atención, Os habla Junior Klaton. Ya no estáis sujetos a magnetismo de la Super Kreck. Incluso podéis atacarla con éxito. Yakobs se ha quedado sin su fuente de energía. La autonomía de sus armas le durará muy poco. Cercadle. No temáis a sus impactos. Su rayo poderoso ya no puede hacer más que causar leves destrozos en vuestros fuselajes...

También Ilma comprobó que acababa de liberarse del magnetismo de la plataforma donde se hallaba.

—¡Quieta! —le advirtió uno de los guardianes, pero no contaba con Krao que aunque pacifista aún conservaba el vigor necesario para enfrentarse a un adversario que ahora ya no podía luchar con ventaja.

Y Krao se arrojó contra el guardián sorprendiéndole con su acción. Caídos ambos al suelo, Ilma consiguió apoderarse del arma que el krecktoniano había perdido.

Yakobs, al comprender la verdadera situación, ordenó agotar todo su poderío hasta que su autonomía se lo permitiera.

Por una vez ACCION plantó cara a la realidad.

—Olvida tu venganza. Debemos regresar antes de que termine nuestra autonomía de vuelo.

Colérico Yakobs volvió sobre su hombre el arma que portaba y le fulminó de un rayo.

Los servidores del planeta habían comenzado a disparar contra las Omega, pero éstas dispersadas dirigían sus rayos al otrora seguro fuselaje.

Krao, que se había hecho con otra arma de uno de los hombres que abatió Ilma, corría hacia la sala de control, no sin antes advertir a

la muchacha.

—Espero que aún sea posible tender un puente. Tenemos que salir de aquí.

Simultáneamente Junior daba todo el gas posible como si presintiera que su presencia en la zona del conflicto fuera absolutamente necesaria.

Borel advirtió la presencia del mensajero MK.

—Mira eso.

—¡Es el MK! Lanza una señal.

—¿Para qué, Junior?

—Porque es justo lo que nos hacía falta.

Poco después, el mensajero se incrustaba al fuselaje de la nave de Junior, que graduó los mandos y murmuró:

—Voy a darle plena autonomía.

—;¿Quieres decir que nos dejaremos llevar por el mensajero?

—Sí, Borel. El puede arrastrarnos perfectamente. Y nos llevará a la velocidad de la luz...

Pulsó una palanca y el mensajero, sin el menor esfuerzo, arrancó arrastrando la nave de Junior.

La diferencia de velocidad lanzó a la nave a través de planetas y planetoides hasta alcanzar la zona donde la superfortaleza krecktoniana lanzaba sus últimos efectivos contra los Omegas.

—¿Hay posibilidad de conectar con mi hija? —preguntó Borel.

—No lo creo, pero sí hay un medio para rescatarla.

En aquellos instantes Yakobs, con un arma en cada mano, avanzaba hacia Ilma que había agotado los cargadores de los tubos con los que hasta entonces se había defendido.

Krao, utilizando las últimas fuentes energéticas de la Super Kreck, establecía el puente para la huida.

Pero el dictador avanzaba sigilosamente por la espalda de la muchacha. Sólo cuando la vio desarmada le advirtió:

—Tú morirás de todos modos.

Apenas acabó de decirlo, la nave de Junior atravesó como una exhalación la bóveda de la Super Kreck.

Instintivamente Yakobs se revolvió contra el inesperado enemigo y vació sus tubos inútilmente contra el fuselaje del bólido.

Viendo sus armas desprovistas de materia atacante retrocedió mientras Krao salía gritando.

—¡El puente! Podemos salir.

Pero aquel puente era esperado por los ocupantes de la Omega II que lo utilizaron para lanzarse al interior de la superfortaleza y vengar así a los hermanos muertos.

Yakobs intentaba desaparecer en cualquier escondrijo, pero Junior había saltado de la nave y corría en pos de él.

—No huyas, todopoderoso Yakobs. Demuestra ahora todo tu valer.

En un alarde de orgullo Yakobs plantó cara al joven jefe de los Arytelios.

—¿Quién eres?

—Junior Klaton.

—¿Conque eres el hijo de...?

Sin terminar la frase se abalanzó contra el joven. Quería cogerle por sorpresa y utilizar, una vieja daga.

—¡Cuidado! ¡Es un traidor que. siempre va armado! —gritó Borel comprendiendo el peligro, pero el joven Klaton se había apartado. Su rodilla dio en el cuerpo de su rival y. sus poderosos puños le mandaron contra la rota bóveda.

Yakobs perdió el equilibrio y luchó para no caer en la sima espacial y convertirse en un cadáver flotante.

Junior le observaba en aquel vaivén entre la vida y la muerte.

No se movía en absoluto, quizá dejaba que fuera el destino quien decidiese la muerte del asesino, pero Borel se mostró menos compasivo y apuntó con el tubo a los pies del dictador. Este instintivamente hizo un movimiento de protección aunque en realidad sólo le sirvió para precipitar su final.

Yakobs dio un grito espantoso que desapareció en la infinidad de la galaxia, donde tras su muerte espantosa seguiría flotando en el aire como símbolo de la victoria de unos héroes que acabaron con la tiranía de un chiflado que quería convertirse en el dueño absoluto de los espacios...

Los ocupantes de la Omega II abandonaron la superfortaleza cuando ya en su interior no quedaba el menor soplo de vida.

Ilma abrazó a su padre y luego se volvió hacia Junior a cuyos brazos se echó.

—Ha sido como una pesadilla —murmuró.

—Tienes razón, Ilma, pero todo ha terminado y nuestro pueblo volverá a ser grande y fuerte.

Pasaron el puente tendido entre la siniestra nave y la Omega II que era como un símbolo de la esperanza.

Cuando las ciento noventa y siete naves, reemprendieron unidas el viaje hacia el nuevo planeta, vieron cómo la superfortaleza krecktoniana se perdía definitivamente sin rumbo ni control en los abismos galácticos.

Junior capitaneaba la nave junto a Ilma. Más atrás Krao y Borel sonreían pensando en el futuro.

Tenían un buen guía en Junior.

Aunque en aquellos momentos el jefe de Arystel pensaba en otras cosas, y no cesaba de acariciar el bonito rostro de Ilma. En realidad era ella la que ocupaba todo su sentir.

F I N

[1] ***La luz recorre unos 12,000.000 de Km por segundo.***

[2] ***El doble del anterior.***